

LA REBELION DE LOS JOVENES

Eduardo Valenzuela

U

**LA REBELION
DE LOS JOVENES**

LA REBELION DE LOS JOVENES

(UN ESTUDIO SOBRE ANOMIA SOCIAL)

Eduardo Valenzuela

EDICIONES SUR
COLECCION
ESTUDIOS SOCIALES

INDICE

Presentación	7
Capítulo 1: Modernización y anomia	11
Auge y crisis de los procesos de modernización	14
Una definición empírica de anomia	23
Capítulo 2: Los determinantes sociales de la anomia ...	31
Desproletarización y desintegración de los mercados de trabajo	33
Características del empleo marginal	41
El impacto de la crisis económica	51
La situación actual: cesantía y empleo mínimo	59
La frustración educacional	64
Los perfiles de la anomia	71
La recomposición de la familia extensa	75
La atomización social	87
Capítulo 3: Refugio y rebelión	91
Anomia mercantil y Estado autoritario	92
Las drogas: un caso de retraimiento anómico	97
Las comunidades cristianas de base: el refugio	101
Rebelión anómica y movilización política	110
Conclusión	119
Anexo	121

Publicado por Ediciones Sur
Colección Estudios Sociales
Román Díaz 199 - Santiago - Chile
Inscripción N° 61.170 / 1984

Fotografía Portada: Revista Solidaridad
Diseño Gráfico: Juan Silva R.
Impresión: Imp. Editorial Interamericana Ltda.
Conferencia 1140 - Teléfono 98157
Santiago - Chile

PRESENTACION

La certeza fundamental de los últimos tiempos ha sido, sin duda, la modernización. La certidumbre modernista ha sufrido modificaciones de estilo y carácter, pero ha permanecido como el horizonte de todas las transformaciones en el último cuarto de siglo, y ha inundado aparentemente todos los niveles de la acción y vida colectiva en nuestra sociedad. Ya sea bajo la inspiración de los modelos desarrollistas de los sesenta o de los modelos de mercado de la última década, la modernización ha sido la promesa que ha animado todos los proyectos de reorganización de la sociedad. Paradojalmente esta inspiración refundadora desemboca, en las condiciones actuales, en una crisis cuyos signos más visibles son la desintegración, la incertidumbre y la frustración generalizada. El ciclo modernista se cierra, en efecto, en un cuadro dramático de disolución social.

En este estudio nos proponemos investigar la forma que asume esta crisis en un grupo particular: los jóvenes del estrato popular urbano. Este estudio puede definirse como una investigación sobre anomia, noción que ha sido corrientemente ocupada por la sociología para expresar los estados de desin-

tegración de la vida social en un momento dado. Nuestra hipótesis, finalmente, es que los procesos de modernización emprendidos, sobremanera en la última década, con la pretensión de constituir al mercado como principio de regulación social, provocan una crisis anómica, es decir, situaciones de desintegración y crisis de identidad cultural generalizados. También es una paradoja que ello ocurra singularmente entre los jóvenes, o sea, en el seno de una generación urbanizada y escolarmente promovida, sobre la que se intentó constituir privilegiadamente la certidumbre modernista. Pese a ello, la rebelión que protagonizan los jóvenes actualmente puede ser vista como el síntoma más agudo de esta crisis de la modernización: es el fruto y la reacción contra los desequilibrios y estragos que ella ha provocado. Nuestro trabajo será aclarar estas paradojas: rastrear el origen de esta crisis y las manifestaciones que ésta asume entre la juventud. Con ello también, explicar el sentido y las condiciones en que se despliega la rebelión de los jóvenes de hoy.

Este libro se basa, en gran medida, en un encuesta realizada a fines de 1983 que abarcó tres poblaciones marginales del Gran Santiago: San Gregorio, Lo Hermida y Herminda de la Victoria en las comunas de La Granja, Nuñoa y Pudahuel respectivamente. Esta encuesta, cuyas características y procedimientos se explican al final del libro, se realizó sobre una muestra aleatoria —aunque no estadísticamente representativa— de alrededor de 600 jóvenes de ambos sexos, en edades comprendidas entre 15 y 24 años, todos ellos incorporados en la fuerza de trabajo. La base empírica de este trabajo corresponde específicamente, por lo tanto, a jóvenes urbanos involucrados en situaciones de marginalidad laboral.

Debo agradecer a todos los jóvenes que participaron en el trabajo de terreno y, en forma especial, a Ramiro Pizarro quien actuó como coordinador de aquel y ayudante de investigación. En el procesamiento de la información agradezco la paciencia y generosidad de Arturo León. También, debo confesar mi gratitud hacia Luis Barros, Javier Martínez y Pedro Morandé por la severidad de sus comentarios y críticas. Desde

luego, los errores cometidos son solamente de mi propia responsabilidad. Por último, debo agradecer al Programa de Investigaciones Sociales sobre Población en América Latina (PISPAL), cuyo apoyo hizo posible esta investigación.

Santiago, octubre de 1984.

CAPITULO I MODERNIZACION Y ANOMIA

La modernización ha estado asociada al advenimiento de las sociedades industriales y al desarrollo de la división del trabajo. La diferenciación y creciente complejidad de las sociedades transforma el tipo de acción social que prevalece, así como las formas de integración y regulación de la vida colectiva. Por una parte, se trata de la expansión de la esfera de la acción individual ya no enteramente determinada por el cuerpo de creencias y normas establecidas. Por otra, se trata del predominio que adquiere la solidaridad contractual como principio de articulación de las relaciones sociales.

Dentro de los parámetros de la sociología se acostumbra expresar esta diferencia por medio de los conceptos “comunidad” y “sociedad”. Comunidad describe una forma de asociación que se funda en relaciones sociales primarias no sujetas a negociación. Sociedad, en cambio, describe aquellas relaciones de carácter contractualistas basadas en el acuerdo recíproco de las partes en torno a una finalidad dada (clásicamente las relaciones de intercambio libre). Este principio contractualista supone la existencia de individuos orientados hacia la maximización de fines propios que se concertan mu-

tuamente. Se trata de un principio muy diferente del nexo comunitario, fundado en una relación adscriptiva entre los individuos. La modernidad es vista, por ello, como un proceso de secularización de los valores (ruptura de la sujeción con el cuerpo de creencias comunes), y extensión de la racionalidad formal (la orientación de los individuos hacia la maximización de fines individualmente elaborados).

El tema de la anomia ha estado estrechamente conectado con el predominio de estos nuevos principios de acción e integración social que se constituyen en la sociedad moderna. Sus fundamentos se remontan a Durkheim cuya sociología intentaba dar cuenta de la irrupción de las sociedades industriales en el siglo XIX europeo y advertir contra los efectos disruptores que causaba la desarticulación de los nexos comunitarios. No en vano, uno de los fundamentos de la sociología durkheimiana fue justamente la crítica al contractualismo y a la transposición de modelos de mercado (elaborados por la economía neoclásica) al análisis social. Durkheim, en efecto, se esfuerza por demostrar, en el marco de su polémica con Spencer, que la solidaridad contractual (característica de las relaciones de mercado) no produce cohesión social. “En el caso del intercambio —dice Durkheim— los diversos agentes no quedan ligados unos a otros, y terminada la operación cada uno se reencuentra y retoma totalmente a si mismo. Las conciencias sólo están en contacto superficialmente, ni se penetran ni se adhieren fuertemente unas a otras”(1). El orden social nunca es la resultante de la red de acciones individuales que componen la sociedad, como pretende definirse el equilibrio macroeconómico. Toda sociedad requiere necesariamente de principios de integración no contractuales (lo que dicho sea de paso aleja también a Durkheim de Rousseau). La modernidad en la

(1) E. Durkheim. De la división del trabajo social. Edit. Schapire. pp. 174-175. Durkheim no propondrá el retorno a la comunidad, sino que elabora en contraposición al modelo de “solidaridad contractual”, el concepto de la “solidaridad orgánica”. El progreso de la división del trabajo produce diferenciación y especialización (autonomía de la acción y conciencia individual respecto de la colectiva), pero al mismo tiempo, refuerza las relaciones de mutua dependencia. La solidaridad que resulta del desarrollo de la división del trabajo contiene ambos principios de integración.

medida en que generaliza la acción electiva y los mecanismos de solidaridad formales amenaza con introducir una situación de desintegración normativa que Durkheim denominaba anomia. (falta de reglas).

Esta reflexión sobre la anomia es retomada en el mismo sentido en “El Suicidio”. El origen de la anomia durkheimiana, es, en este caso, el deseo ilimitado de lucro y la exacerbación de los deseos sexuales, y son éstas las dos clases de anomia que estudia: la anomia económica (característica del “laissez faire” del mundo de la industria y el comercio) y la anomia conyugal (propia de sociedades permisivas en materia de divorcios). La anomia es el resultado de una situación de escasa integración normativa (otra vez falta de reglas) que impiden refrenar las pasiones y deseos individuales. “En el suicidio anómico son las pasiones propiamente individuales las que necesitan y quedan sin normas que las regule”(1). La hipótesis durkheimiana es, finalmente, que la orientación hacia la maximización del placer y de la ganancia hace infeliz a los individuos y conduce al divorcio de toda ligazón social y fatalmente al suicidio. Este es también, en parte, el interés que tuvo Merton en el estudio de la anomia: la excesiva presión por el éxito individual en la sociedad norteamericana que concluye en la generalización del crimen, o sea, en el uso de medios no legítimos en la búsqueda de movilidad social.(2) Suicidio o crimen, y en términos generales, desorden, parecen ser el resultado inevitable de un orden social que pretende fundarse en una racionalidad puramente formal.

(1) E. Durkheim. El Suicidio. Akal/Universitaria. (pp. 178)

(2) “Mi hipótesis central —dice Merton— es que la conducta anómala puede considerarse desde el punto de vista sociológico como un síntoma de disociación entre las aspiraciones culturales preescritas y los caminos socialmente estructurados para llegar a dichas aspiraciones. De los tipos de sociedades resultantes de la variación independiente de objetivos culturales y medios institucionalizados, nos interesaremos ante todo por el primero: una sociedad en la que se da una importancia excepcionalmente grande a objetivos específicos sin una importancia proporcional a los procedimientos institucionales... Con esta diferente importancia concedida a los objetivos y a los procedimientos institucionales, éstos últimos pueden viciarse tanto por la presión sobre los fines, que la conducta de muchos individuos sea limitada sólo por consideraciones de conveniencia técnica... El procedimiento más eficaz desde el punto de vista técnico, sea legítimo o no para

AUGE Y CRISIS DE LOS PROCESOS DE MODERNIZACION

Esta reflexión sobre el tema anomia-modernización es recuperada por la sociología latinoamericana de los años sesenta (especialmente aquella influida por el funcionalismo norteamericano) de una manera singular. El interés estuvo puesto aquí en las situaciones de tránsito y, específicamente, en los potenciales anómicos que subyacían en la población migrante de origen rural que constituía la base de la marginalidad urbana. En este caso, se advierte otra vez sobre la desarticulación de los nexos comunitarios de carácter hacendal y la descomposición de la conciencia religiosa en que descansaba la integración social de las masas tradicionales. El mundo tradicional era visto como un mundo en descomposición que era preciso reintegrar dentro de la modernidad.

Pero la anomia no fue prevista como en Durkheim como efecto de la irrupción del mercado y de la secularización de la vida social, sino que formalmente como el “efecto de un cambio rápido o súbito de un tipo de sociedad (rural, tradicional, de Solidaridad mecánica) a otro (urbana, industrial, de solidaridad orgánica)”(1). Esta visión se correspondía con la confianza en la capacidad de reintegración que tendrían los procesos de modernización, confianza que preside

la cultura, se convierte en el preferido por antonomasia para la conducta institucionalmente prescrita. Si este proceso de atenuación continúa, la sociedad se hace inestable y se produce lo que Durkheim llamó “anomia” (o falta de normas)... La sociedad norteamericana contemporánea parece aproximarse al tipo extremo en que se da gran importancia ciertos éxitos-metas sin dar importancia equivalente a los medios institucionales”. R.K. Merton. *Teoría y Estructuras Sociales*. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires, 1964 (pp. 143-145). No obstante, Merton no investiga el origen de esta disociación entre fines y medios (a saber, el predominio creciente de relaciones contractuales en la sociedad moderna), sino que se interesará únicamente en las distintas formas de adaptación individual frente a una estructura desequilibrada de este tipo, cuyas formas lógicas son el rechazo de los fines (ritualismo), el rechazo de los medios (innovación o crimen) y el rechazo de ambos (retraimiento y rebelión).

(1) G. Germani. *Política y Sociedad en una Época de Transición*. Paidós. Buenos Aires, 1968. (pp. 78)

tanto los esfuerzos intelectuales como políticos de aquellos años. El conservadurismo de Durkheim era aquí el optimismo de las sociologías latinoamericanas del desarrollo.

En efecto, anomia significaba básicamente apatía, según la célebre definición de Desal sobre la marginalidad urbana como ausencia de participación, es decir, se identificaba con aquéllas conductas escasamente dispuestas hacia la movilidad. En este género de acciones se incluía también el retraimiento comunitario, cuyo ejemplo clásico es el conformismo pasivo de las sectas pentecostales, e incluso la rebelión, cuyo ejemplo característico esta vez, es la revuelta estudiantil latinoamericana, que se constituye en virtud de una ética sacrificial —“guevarismo”—, vale decir, desdeñando la lógica de la movilidad social. Los problemas de la transición abarcaban finalmente el conjunto de conductas premodernas que asolaban el escenario latinoamericano, que iban desde la orientación (también característica de grupos sociales desestructurados como los migrantes recientes o clases obreras en formación) hacia liderazgos carismáticos en el terreno de las representaciones políticas (el problema del “peronismo” que obsesiona a Germani) hasta la sobrevivencia de actitudes tradicionales en la conducta de las élites empresariales.

El programa de la modernización consistía, pues, en alentar las disposiciones hacia la movilidad (incrementar la orientación de los individuos según el principio de la maximización de fines) y racionalizar las estructuras sociales (quebrar los mecanismos de reproducción de una sociedad “tradicional”, estamental y segmentada). Fue el imperativo de la secularización.

La lógica secularizadora, al decir de Germani —uno de los exponentes más notables de este tipo de sociología— debe atravesar toda la vida social, comenzando, desde luego, por el dominio de la ciencia, la tecnología y la economía, “organizadas en base a normas y valores libres de connotaciones religiosas, morales, estéticas, de prestigio u otras y orientadas en general hacia el requisito de la eficiencia, y por lo tanto,

incorporando como requisitos básicos la racionalidad instrumental en la acción y la institucionalización del cambio". Pero también, "este mismo proceso requiere a su vez una extensión de la secularización misma a otros sectores de la sociedad":(1) al campo de la estratificación social, a través del incentivo a la movilidad social y el quiebre de estructuras estamentales; al campo de la organización política a través de la organización racional del Estado y el quiebre de los liderazgos carismáticos y la constitución ideológica de los movimientos sociales, e incluso al seno de la familia, reduciendo la esfera de aplicación de las relaciones de parentesco (nuclearización de la familia y desintegración relativa de las relaciones de tipo primario).

La modernización se confunde finalmente con la desaparición de la comunidad: es la imagen de un mundo crecientemente diferenciado y reducido a relaciones puramente secundarias (sin afectividad). "La pequeña comunidad local, que por milenios era la única realidad concreta para la enorme mayoría de los habitantes del planeta, desaparece; es absorbida en la sociedad global, en la multiplicidad de relaciones secundarias que cada individuo está llamado a establecer en virtud de la multiplicidad de los roles que le están asignados. Incluso los "grupos primarios", supuestamente basados sobre una relación "cara a cara", ya no necesitan para su existencia, de la proximidad física. El sonido, la luz y las personas pueden moverse con la suficiente rapidez y facilidad como para que la noción de "proximidad física" varíe completamente de significado sociológico".(2)

Desde luego, Germani tiene presente la necesidad de integración normativa: "También las sociedades que se caracterizan por un alto nivel de secularización —dice— deben contar con cierto grado de integración normativa... (pero) se trata finalmente del nivel mínimo necesario para asegurar la exis-

(1) G. Germani, op.cit. (pp.107-109)

(2) G. Germani. op. cit. (pp. 123).

tencia de los criterios de elección y de los criterios de cambios".

Se trata, en efecto, de conservar un mínimo de reglas prescriptivas (éstas mismas sujetas a negociación, vale decir, no sacralizadas) que permitan regular la convivencia social dentro de un orden sujeto crecientemente a la iniciativa y relaciones privadas de intercambio. Sin embargo, las nociones de privatización y orden espontáneo no fueron plenamente desarrolladas. Los procesos empíricos de modernización emprendidos bajo el influjo de estas corrientes intelectuales, en la década de los sesenta en particular, fueron aún grandes flujos de movilidad e integración colectiva: industrialización y asalarización sostenida del trabajo, migraciones rural-urbanas, extensión educacional, desarrollo de la participación política, etc. La modernización no se había reducido, como ocurrirá en la década siguiente, a la lógica de la expansión del mercado. El Estado seguía siendo un factor básico de integración y regulación, al mismo tiempo, que la sociedad era modelada deliberadamente según los fines y el ethos del desarrollo. La crisis de esta primera etapa se produce en el marco de una expansión modernista que, más bien, había acelerado todas las fuerzas centrífugas de la sociedad: urbanización rápida (e incluso metropolitización), sobre escolarización, pleno empleo, sobrepolitización y estatismo como medio y dirección del proceso de desarrollo. La crisis se presenta, antes que nada; como un quiebre de los mecanismos de regulación y ordenamiento institucional, incapaces de responder los desafíos de una movilización ascendente y conflictiva.

No obstante, el curso que sigue el proceso de modernización en los años siguientes extrema los principios de integración formales respecto del proceso de desarrollo. Como se sabe, el recurso principal (esta vez bajo la influencia de los postulados neoliberales) consistió en establecer definitivamente la primacía de las relaciones de mercado en el ordenamiento de la vida social, suprimiento (bajo la tutela de un régimen autoritario) toda intervención colectiva, ejercida en nombre de intereses o valores, en dicho ordenamiento. En

otras palabras, la única participación tolerada era aquella que se realiza individualmente en el mercado y el principio de integración fundamental es el que resulta del acuerdo entre sujetos mutuamente orientados hacia la satisfacción de sus propios fines. El Estado deja de proveer los mecanismos de integración necesarios (salvo aquellos que resguardan los criterios de elección y cambio como insinuaba Germani), vale decir, se abstuvo de ejercer las funciones de control y compensación que otrora le eran propias. La pretensión de constituir al mercado como principio de articulación y equilibrio social es lo que caracteriza la modernización actual.

La inspiración hayekiana en la implementación del modelo chileno es suficientemente conocida. “El concepto central del liberalismo —dice Hayek— es que bajo la vigencia de reglas universales de conducta justa, que protejan un dominio privado de los individuos que puede ser reconocido, se favorecerá por sí mismo un orden espontáneo de las actividades humanas de mucho mayor complejidad del que jamás podría producirse mediante un ordenamiento deliberado... El orden del mercado, en particular, no descansa en propósitos comunes sino en la reciprocidad, esto es, en la reconciliación de propósitos diferentes para el beneficio mutuo de los participantes”.(1)

Hayek precisa también las características fundamentales de este orden mercantil: la supremacía de las reglas de derecho privado y penal por encima de las derivadas del derecho público; la restricción de los poderes “coercitivos” del gobierno, vale decir, de aquellos vinculados al logro de “justicia” positiva, social o distributiva; y la relatividad o formalismo de los valores que son en este caso producidos a partir de las relaciones de oferta y demanda de agentes individualizados.

El mercado es estrictamente, como la ha definido Hayek, la ausencia de comunidad de fines y valores. La cons-

(1) F. Hayek. *Los Principios de un Orden Social Liberal*. Trabajo presentado en el encuentro de Tokio de la Sociedad Mont Pelerin, septiembre de 1966. En *Estudios Públicos*, Nº 6, segundo semestre, 1982.

tación sociológica de Germani acerca de la desaparición progresiva de la comunidad en las sociedades modernas es reiterada plenamente. Sin embargo, la necesidad, todavía entrevistada por los sociólogos de la modernización, acerca de un nivel mínimo de integración normativa, es sencillamente olvidada. El orden es el resultado espontáneo de la libre operación de los intercambios. Sólo se requiere de reglas formales que aseguren aquella libertad y de una conducta justa (no criminal).

El resultado de la aplicación de estos modelos no es solamente el acrecentamiento de las desigualdades, sino también la desintegración de la vida colectiva, reducida a relaciones privadas de mercado, o como muchos autores la han llamado, la atomización de las relaciones sociales.

Este efecto desintegrador que trae consigo el sistema mercantil es bien conocido. Durkheim llamaba a esto la “división anómica del trabajo”: “Si la división del trabajo no produce solidaridad es porque las relaciones de los órganos no están reglamentadas, es porque están en estado de anomia”(1). La expansión del mercado ha tenido justamente estas características: ausencia de “reglamentación” (eliminación de toda intervención colectiva sobre los procesos de producción y de cambio) y ausencia de fines y valores comunes que orienten la actividad social. Anotemos algunas de estas consecuencias disolutivas en el marco de la sociedad chilena actual:

- i) la desintegración de los mercados de trabajo como resultado de la crisis de la industria sustitutiva y de la reducción del empleo público, que se origina en las políticas de apertura comercial al exterior y de la reducción del tamaño del Estado respectivamente.
- ii) los límites impuestos a la defensa colectiva del trabajo asalariado (bloqueos a la negociación colectiva y sindicalización, preeminencia de los contratos individuales de trabajo, falta de reglamentación de las relaciones labora-

(1) E. Durkheim. *De la División del Trabajo Social*. (pp. 313).

- les) que disgregan la demanda social y la constitución de actores colectivos en el mundo del trabajo.
- iii) la reorientación de la demanda colectiva hacia el consumo individual en terrenos tales como la educación, la salud, la vivienda, el equipamiento urbano, etc. que se produce con la privatización y liberalización de estos mercados y las restricciones en el acceso a la negociación del excedente estatal.
 - iv) quiebres consiguientes en la intensidad de la participación y comunicación colectiva, especialmente de los mecanismos de intermediación entre la sociedad y el Estado: crisis de las funciones tradicionales de los partidos (representación de intereses sociales, control de los poderes públicos, elaboración competitiva de proyectos de transformación social). A su vez, el Estado actúa por exclusión y penalización, vale decir, no requiere —o al menos reduce— la búsqueda de legitimidad social. En definitiva, no se constituye vida pública, salvo como un campo de administración y disciplinamiento cultural.(1)
 - v) ruptura del consenso “desarrollista-industrializador”, vale decir, del conjunto de fines y valores que orientaron antaño el proceso de desarrollo (búsqueda de equidad en la distribución de los ingresos y protección estatal a los grupos pobres, búsqueda de autonomía nacional, reconocimiento de actores colectivos, etc.); se renuncia, en efecto, a toda intervención deliberada, ya sea inspirada en cálculos técnicos, políticos o éticos, sobre el proceso de desarrollo (“mano invisible”, “chorreo”, “ajuste automático”).(2)
 - iv) disolución, por lo tanto, del sentido histórico de nación,

(1) J.J. Brunner. *La Cultura Autoritaria en Chile*. FLACSO, 1981. Brunner también advierte el potencial anómico que subyace en una cultura autoritaria. “La identificación con las metas culturales impulsadas dentro de un sistema autoritario está... escasamente relacionada con procesos intensivos de internalización... La carencia de objetivos culturales internalizados y el abandono transitorio de las prácticas disciplinarias que forman el sostén de su comportamiento producen una situación de anomia conflictiva”.

(2) E. Tironi. *La Torre de Babel*. Ensayos de crítica y renovación política. SUR, 1984.

reducido a una ficción jurídica y corporativizado por un estamento específico de la sociedad: los militares.

La predicción durkheimniana acerca de los efectos anómicos del predominio de la solidaridad mercantil se confirmarán plenamente: “La esfera de la acción social iría empujándose cada vez más, pues no tendría otro objeto que impedir que los individuos se usurparan los derechos entre sí y que se perjudicaran recíprocamente, es decir, que no sería más que negativamente reguladora”(1).

La anomia ya no será la resultante de la descomposición de estados tradicionales sino efecto de la propia modernización. La crisis modernista se expresará, pues, como crisis de integración (desarticulación del mundo colectivo y empujamiento de la acción social como dice Durkheim) y como crisis de identidad cultural (la desarticulación de los valores y certezas comunes que constituyen el orden social).

Todos estos síntomas de desintegración serán particularmente ostensibles en el caso de la juventud popular. El mercado se revelará aquí, atterradoramente: desarticula la industria que era el principal mecanismo de integración entre los jóvenes de estratos bajos; quiebra las bases de la comunidad familiar; expulsa tempranamente a los jóvenes de la escuela y los excluye de la sociedad política. El mundo de los jóvenes será crecientemente un mundo de relaciones desinstitutionalizadas: no se trata aquí sólo de la ruptura de las relaciones primarias (como pronosticaba Germani), sino también del quiebre de todos los mecanismos de integración normativa (muy diferentes, desde luego, de los mecanismos penales o de regulación negativa, que sólo contribuyen a reforzar el efecto de mercado). En un estudio sobre jóvenes pobladores de San Gregorio, sus autores concluyen sugestivamente que las características psicosociales que prevalecen aquí, son: el espontaneísmo, la primacía de la afectividad y emotividad como motor de sus acciones, la racionalidad inmediata, y el deseo

(1) E. Durkheim. *De la División del Trabajo Social*. Editorial Schapire (p. 172).

“desmedido” de recreación. Todas características propias de una situación de desestructuración normativa y crisis de identidad cultural.(1)

La anomia será experimentada como “emergencia de los deseos y las pasiones” (usando la terminología de Durkheim) liberadas de cualquier control normativo y horizonte cultural. Su manifestación será tanto la búsqueda de placer inmediato como la rebelión contra el orden establecido. Abarca por igual el mundo de Eros (el refugio en el goce inmediato que proporcionan las drogas, el erotismo, el consumismo, la música o la recreación) y de Tánatos (la agresión y la destructividad cuya expresión más singular es la revuelta contra las instituciones sociales). Los jóvenes vivirán en el inmediatez pero siempre transfigurado en evasión o en agresión, que nunca equivale a conformismo.

No obstante, tendremos ocasión de ver también formas de reacción frente a esta situación anómica: los intentos por recuperar los nexos comunitarios y las orientaciones éticas y afectivas como fundamento de la acción social (característico de las comunidades eclesiales de base que florecen en el medio popular) y los intentos más recientes por recuperar identidad política (el “allendismo”) en el curso de un proceso de rebelión generalizada.

(1) F. Vives, M. Silva y C. Serrano. Diagnóstico de la Juventud Marginal. Un estudio de caso: San Gregorio. DECU, 1981.

UNA DEFINICION EMPIRICA DE ANOMIA

En las páginas precedentes hemos presentado algunas consideraciones generales acerca del origen de las tensiones anómicas que afectan a los jóvenes del estrato popular urbano, a saber, el despliegue de los procesos de modernización y su impacto secularizador y desintegrador. Nos proponemos ahora elaborar una medida empírica del nivel e intensidad de la anomia que prevalece entre estos jóvenes.

Esta medida apunta a establecer disposiciones anómicas subjetivamente experimentadas, es decir, se ubica en el campo de las actitudes individuales. No ocuparemos, por lo tanto, indicadores de anomia objetiva basada a la manera de Durkheim en manifestaciones sociales de desintegración tales como el suicidio u otras parecidas. Nuestro punto de partida para diseñar una escala de actitudes anómicas han sido los trabajos de Leo Srole(1). Este autor distingue cinco características constitutivas de la percepción anómica: la percepción de indiferencia de las autoridades o de la comunidad respecto de las necesidades individuales (que llamaremos aquí exclusión); la percepción de que el orden social se encuentra desorganizado y es esencialmente impredecible (incertidumbre); el sentimiento de retroceso frente a objetivos anteriormente propuestos y considerados realizables (degradación); la pérdida del sentido individual de la existencia (futilidad) y la percepción de que el entorno social se presenta agresivo y hostil (extrañamiento).

La cuarta dimensión (futilidad) es la más específicamente durkheimiana: expresa el dislocamiento del sentido de la vida que se produce tras el quiebre de los valores y normas que rigen la vida colectiva. Su manifestación es también la más radical: el suicidio anómico. Esta dimensión es sin embargo poco apropiada para una medición directa (los indicadores de Srole son poco convincentes) a la vez que constituye más bien el resultado de la experiencia anómica. Todas

(1) Leo Srole. Social Integration and certain corollaries: an exploratory study. American Sociological Review.

las restantes dimensiones de Srole están contenidas en nuestra escala, aunque utilizamos como es obvio indicadores distintos.

El modelo que proponemos construir es bastante simple: la anomia puede ser vista como una desestructuración del espacio y tiempo colectivos que se percibe ya del orden social como del lugar que los individuos ocupan dentro de éste. Por una parte, la ruptura de las solidaridades colectivas se presentan como abandono y exclusión frente a la sociedad organizada, y al mismo tiempo como un deterioro de las relaciones sociales en las cuales los individuos están envueltos. El presente es vivido dentro de un mundo no sólo desorganizado sino también hostil. Por otra parte, la desorganización social quiebra las capacidades de proyección tanto en su dimensión social, donde el futuro colectivo se torna impredecible e incierto, como en el nivel de las aspiraciones y expectativas de vida individuales. La vida se confina en el presente inmediato, éste mismo dotado de una alta dosis de inseguridad y desorden. Este modelo puede representarse aproximadamente así:

	TIEMPO	ESPACIO
Dimensión Social	Incertidumbre	Exclusión
Dimensión Individual	Degradación	Extrañamiento

Los indicadores utilizados para medir estas cuatro dimensiones fueron los siguientes:

a) Exclusión

- A1: Casi nadie se interesa en los problemas de jóvenes como uno.
 A2: A jóvenes como uno nunca nos han dado una verdadera oportunidad en la vida.

b) Incertidumbre

- A3: Hay que vivir al día porque no se sabe lo que va a pasar mañana.

c) Degradación

- A4: Los jóvenes de hoy vamos a tener un futuro peor que el de nuestros padres.
 A5: En realidad, haber estudiado no sirve de nada.

d) Extrañamiento

- A6: Hoy día no se sabe realmente en quien confiar.
 A7: La gente siempre anda buscando la manera de aprovecharse de uno.
 A8: Digan lo que digan, en la vida rige la ley de la selva: uno se salva si es más vivo que los demás.

Los resultados desagregados que se obtuvieron en el total de la muestra se muestran a continuación:

CUADRO Nº 1

INDICADORES DE ANOMIA SUBJETIVA

	De acuerdo	M/M de acuerdo	En Desacuerdo
A1 Nadie se interesa	46.5	26.3	27.2
A2 Sin oportunidades	61.1	18.1	20.8
A3 Vivir al día	73.2	14.4	12.4
A4 Futuro peor	52.3	19.8	27.9
A5 Estudiar no sirve	28.8	18.4	52.8
A6 No confiar	57.2	20.9	21.9
A7 Aprovech. de uno	67.0	21.6	11.4
A8 Ley de la selva	78.1	12.3	9.6

Observaremos para comenzar los altos porcentajes que muestran, en términos generales, las afirmaciones anómicas. Esto es así principalmente en la dimensión 2 (incertidumbre)

y 4 (extrañamiento). En un caso tenemos la fijación en el presente inmediato, esto es, la ausencia de toda dimensión de futuro ya colectivo (que impide comprender la dirección del cambio social y del devenir histórico), ya individual (que impide constituir planes y expectativas de vida). Este es un rasgo fundamental, dicha sea de paso, para comprender la naturaleza de la rebelión juvenil actual, esencialmente distinta de aquella que tuvimos en el pasado. Esta vez, la rebelión no se constituye en torno a un proyecto de cambio (que supone siempre un horizonte conocido y deseado), sino antes que nada se presenta como reacción frente a un mundo inhóspito, que al mismo tiempo, carece de porvenir. La posibilidad del utopismo queda aquí cancelada tanto como la expectativa de un cambio institucional (las dos formas clásicas de la acción histórica), porque no existe su fundamento natural: el optimismo histórico.

Esta situación de incertidumbre se revierte, desde luego, sobre la esfera de la acción individual y se expresa aquí como imposibilidad de elaborar planes y disponer de objetivos propios. Esto no es sólo característico de estados de degradación que condenan a la subsistencia donde el tiempo deviene circular y cerrado en sí mismo: la acción se limita a la reproducción simple de las condiciones de existencia. La incertidumbre consiste en algo diferente: el futuro se experimenta básicamente como azar. No se cuenta con los medios para organizar racionalmente la vida: las ocupaciones se consiguen azarosamente y su duración es siempre incierta, las calificaciones escolares no discriminan demasiado las oportunidades de trabajo, la expectativa de formar un hogar propio se encuentra con límites insubsanables y los matrimonios se forman usualmente por embarazos prematuros y no planeados. El universo social carece de reglas definidas con lo cual los acontecimientos se presentan aleatoriamente. Esta es una dimensión fundamental de la experiencia anómica.

La segunda dimensión que tiene alta ponderación es la que hemos llamado extrañamiento. En esta categoría se resume el estado de desintegración y ruptura de la solidaridad colectiva, y por extensión el desorden que afecta a la socie-

dad toda. Las relaciones de cooperación se sustituyen por relaciones de competencia, que no reconocen normas ni lealtades sociales. Este es clásicamente el síndrome anómico del mercado: "la ley de la selva". Aquí todas las normas y valores socialmente preescritos para regular la competencia se dislocan: los individuos quedan librados a sus propias fuerzas cuyo uso dentro de medios legítimos o no resultan enteramente accidental y superfluo. Por contrapartida, la actitud que se predica de sí mismo se presume de los demás. En este mundo competitivo las relaciones no sólo se tornan superficiales y esporádicas como sostenía Durkheim a propósito de las relaciones contractuales, sino también se quiebran los fundamentos morales de la solidaridad colectiva (desconfianza, inseguridad, hostilidad, etc.).

Las restantes dimensiones obtienen una ponderación menor pero igualmente significativa en algunos casos: la expectativa de un futuro peor al de los padres, marcada por más de la mitad de los jóvenes, es un índice claro de la degradación subjetivamente experimentada por los jóvenes. En esta percepción se condensa todo lo que hemos dicho acerca del auge y fracaso de los procesos de modernización. Los jóvenes acceden a este proceso justamente en ruptura con los modos y condiciones de vida de sus padres: nadie dudaba de que el futuro les pertenecía en forma predilecta. El punto de llegada es la percepción inversa: ya no sólo estancamiento sino regresión generalizada. Esta percepción es el derrumbe de la certeza del progreso entendido como proceso lineal, sostenido y acumulativo que fue, sin duda, uno de los fundamentos constitutivos de toda una época, y probablemente el último reducto de la confianza histórica. Como lo ha sugerido Hirschman, durante los años de prosperidad y crecimiento es posible que la certidumbre del progreso subsista aún en condiciones de marginalidad: todavía "se puede tolerar la injusticia mientras se vea que el cambio continúa progresando, incluso si uno mismo no lo ve. Es como encontrarse en un túnel donde se puede avanzar sin ver nada, pero con la convicción

de que otros ya ven la salida”(1). No obstante, este efecto “túnel” deja definitivamente de funcionar con la crisis: la hipótesis del crecimiento sostenido en que estaban contenidos los ya estrechos márgenes de la tolerancia, se derrumba por completo.

A pesar de esto, la desvalorización de la educación como recurso de vida se produce en menor escala. La educación es la única conquista efectiva que han obtenido y conservan estos jóvenes: hace las veces del único derecho de ciudadanía que pueden exhibir frente a una sociedad que los condena a la barbarie. Más adelante tendremos ocasión de ver esto: los niveles de escolaridad alcanzados por esta generación son suficientemente altos para asegurar sus atributos simbólicos, aunque no constituya —y menos en tiempos de crisis— un recurso efectivo para obtener movilidad.

La dimensión “exclusión”, finalmente, arroja resultados dispares. El sentimiento de que la sociedad “no ofrece oportunidades” es una medida del estado de abandono colectivo en que se encuentran los jóvenes y que motivan sus tendencias al retraimiento y agresión social. Esto puede interpretarse, en un sentido específico, como una manifestación de la ausencia de Estado, esto es, de la forma estatal desarrollista, distributiva e integradora que conocimos en nuestro país. Pero también se trata de la exclusión respecto de todas las formas de vida colectiva organizadas: la escuela, la fábrica, los partidos. Ya se ha llamado bastante la atención sobre esto: los mecanismos básicos de integración (trabajo asalariado y sindicalización, escuela, organización política y sufragio, etc.) se han desvanecido. Los jóvenes viven fuera del mundo de las instituciones sociales (literalmente en las calles incluso): culturalmente extrañados respecto de aquellas.

Es preciso advertir sin embargo, que muchas de las funciones compensatorias e integradoras se han trasladado, desde

luego, limitadamente a una institución específica: la Iglesia. La Iglesia ha constituido para muchos el refugio contra la agresión del mercado: la base desde donde se reproducen alguna organización y liderazgo, que defiende la sobrevivencia, que restituye relaciones de cooperación y ayuda mutua, y dónde se reorigina cierta identidad colectiva. La Iglesia se presenta en el medio popular como una forma específica de resistencia cultural, precisamente contra los embates del mercado y del autoritarismo político. Más adelante veremos esto con más detalle. Bastará decir aquí que la Iglesia ocupará un papel central de contención anómica, cuyos fundamentos se encuentran en su capacidad de reducir los sentimientos de extrañamiento y exclusión frente a las instituciones sociales.

El síndrome anómico se presenta, pues, bajo las siguientes formas: i) ruptura de la solidaridad colectiva (predominio de las relaciones instrumentales, sin afectividad ni orientadas de acuerdo a valores compartidos); ii) exclusión respecto de la sociedad organizada (predominio de la apatía, la incredulidad y la agresión frente al mundo de las instituciones sociales); iii) degradación y quiebre de las expectativas de movilidad individual (incapacidad de conocer y planear el futuro) y, iv) incertidumbre en el futuro (crisis de la certidumbre de progreso como principio de identidad colectivo).

(1) Albert Hirschmann. *The Changing Tolerance for Income Inequality in the Course of Economic Development*. *The Quarterly Journal of Economics* (1973). Citado por Cándido Méndez. *Crisis del Desarrollo: “Praxis” y Entelequia en El Mito del Desarrollo*. Varios autores. Kairos, 1979.

CAPITULO 2 LOS DETERMINANTES SOCIALES DE LA ANOMIA

La crisis que provoca el modelo de modernización en curso es, ante todo, una crisis de desintegración social. En este capítulo pretendemos mostrar —en el campo de los jóvenes del estrato popular-urbano— este impacto desarticulador de la expansión del mercado: la desintegración de los mercados de trabajo, la desvalorización de la educación como instrumento de integración social, los bloqueos en la constitución de familias estables y la desorganización de las bases de la acción institucional.

En el caso de los jóvenes, estos procesos de desarticulación de la vida social tienen un origen preciso: se trata del quiebre de lo que podemos llamar modelo obrero de integración. El origen y desarrollo de la clase obrera se encuentra históricamente vinculado con los procesos de modernización: por una parte, con la industrialización —vía sustitución de importaciones y ampliación del mercado interno— que produce una asalarización creciente del trabajo manual y la desaparición de los oficios; por otra, con la urbanización —vía migraciones internas rural urbanas— que rompen con la adscripción hacendal o con la comunidad familiar campesina, y

por último, con la ampliación democrática del Estado que libera y amplía el mercado de representaciones políticas. La integración obrera, sin embargo, siempre se realiza enfrentando estas tendencias disgregadoras del mercado y del industrialismo: la descalificación e intercambiabilidad del trabajo es contrarrestada por la defensa colectiva del empleo y la reglamentación de las relaciones laborales (sindicalización), la ruptura de las lealtades políticas tradicionales se reorganiza en las ciudades, muchas veces a través de liderazgos carismáticos o adscripciones partidarias que permiten acceso organizado al Estado, la desarticulación de los vínculos familiares extendidos son reemplazados por la constitución de familias nucleares que conservan una estructura basada en el autoritarismo paterno como factor de cohesión familiar. La integración obrera reconoce, en efecto, al menos tres mecanismos fundamentales: sindicalización, acceso organizado al sistema político y familia estable. Todos estos mecanismos son formas de sortear y neutralizar los efectos disolutivos del mercado.

Escapa a la intención y posibilidades de este trabajo el examen riguroso de la manera cómo históricamente se ha producido la integración obrera. Nos interesa destacar, empero, el hecho que todos los mecanismos de defensa frente a la expansión del mercado se han disuelto por obra de la crisis industrial (desalarización del trabajo, bloqueos en la sindicalización, incapacidad de formar familia estable) y de la exclusión política (incapacidad de acceder al Estado y crisis de las representaciones políticas preexistentes). El propósito de este capítulo será describir justamente la magnitud de la exclusión social que se ha producido y sus consecuencias desarticuladoras en el ámbito del empleo, la educación, la familia y la organización social.

DESPROLETARIZACION Y DESINTEGRACION DE LOS MERCADOS DE TRABAJO

Examinando la evolución de la estructura ocupacional de los jóvenes en la última década es fácil concluir que éstos experimentan un intenso proceso de exclusión ocupacional, cuyos signos son la desproletarización del empleo, la extensión del desempleo y el crecimiento de las categorías marginales de la ocupación.(1)

Los antecedentes que proporciona el INE confirman que el origen de estos procesos de degradación se encuentran en la reducción del empleo obrero en el sector productor de bienes, y específicamente en la industria manufacturera. Según tales datos, los obreros industriales representaban el 24.30/o de la fuerza de trabajo no agrícola entre 15-24 años en 1971 (alrededor de 140 mil trabajadores jóvenes en la industria), mientras en 1980 esta proporción había descendido a sólo un 9.50/o (alrededor de 75 mil obreros industriales). Los descensos se producen en la industria tradicional (alimentos, bebidas, tabaco, textiles, vestuario, cuero y calzado) y, sobre todo, en la industria sustitutiva moderna (maderas, productos químicos, caucho y plástico, cemento), sectores ambos donde se concentra el empleo obrero joven en la industria. Sólo el empleo obrero en la industria estratégica y la minería mantienen su peso relativo, pero en ambos casos representan una proporción muy poco importante del proletariado joven. La crisis se concentra en la industria sustitutiva que reduce, en el lapso de una década, alrededor de 65 mil puestos de trabajo en números absolutos.

También se registran descensos en los sectores de la

- (1) Usamos el término 'desproletarización' para designar la reducción de la clase obrera, que desde un punto de vista estructural se define por "la realización de un trabajo productivo, es decir, que cristaliza en mercancías, el desempeño de una función sustituible, o "trabajo simple", y el desarrollo de un trabajo al servicio y bajo el mando del capital, que lo remunera bajo la forma de salario". Véase J. Martínez y E. Tironi. *Clase Obrera y Modelo Económico*. Un Estudio del Peso y la Estructura del Proletariado en Chile: 1973-1980. SUR, 1983 (p. 56).

construcción y del transporte, cuyo peso relativo disminuye de 5.5 y 5^o/o en 1971 a 3.1 y 2.6^o/o en 1980 respectivamente, lo que en conjunto significa una reducción neta de 15 mil empleos en estas categorías.

CUADRO Nº 2

PARTICIPACION DEL EMPLEO OBRERO EN EL SECTOR PRODUCTIVO SOBRE EL TOTAL DE LA PEA NO AGRICOLA JOVEN (15-24 años)

	1971	1980
Clase obrera industria trad.	14.7 (84.4)	6.2 (49.7)
Clase obrera seg. industrial	9.2 (52.9)	2.8 (21.9)
Clase obrera sector estratég.	0.5 (2.8)	0.5 (4.1)
Obreros en la construcción,	5.5 (31.5)	3.1 (24.4)
Asalariados en minería	1.0 (6.2)	1.0 (8.1)
Asalariados en transporte	5.0 (29.1)	2.6 (21.0)
TOTAL	35.9 (206.9)	16.2 (129.2)

Fuente: Instituto Nacional de Estadísticas. Chile. (Entre paréntesis se indican las cifras absolutas en miles).(1)

El conjunto de los obreros jóvenes en el sector productivo desciende, pues, de 35.9^o/o a 16,2^o/o el último decenio, lo que equivale a una expulsión de alrededor de 80 mil obreros jóvenes de estas posiciones. Debe advertirse que esta caída del empleo obrero es especialmente fuerte entre los jóvenes: en la PEA no agrícola mayor de 24 años el peso relativo de estos empleos disminuye en -39.9^o/o, mientras entre los jóvenes la caída es de -54.9^o/o. Considerando solamente los empleos obreros en la industria la caída de los jóvenes aumenta a -60.9^o/o, mientras entre los adultos, la magnitud del descenso es de 42.6^o/o. El proceso de desproletarización ha sido, pues, mucho más intenso entre los jóvenes.

(1) J. Martínez y A. León. La Involución del Proceso de Desarrollo y la Estructura Social. Informe preliminar para El Centro de Estudios del Desarrollo, 1984 (inédito).

Los datos de la Encuesta de Ocupación y Desocupación de la Universidad de Chile para el Gran Santiago también confirman esto. La proporción de obreros jóvenes en la industria manufacturera habría caído —luego de aumentar en la década anterior— de 38.6^o/o en 1970 a 26.5^o/o en 1980, vale decir, su peso relativo disminuye en -31.3^o/o en los últimos diez años. En el total de la muestra (incluye todas las edades), en cambio, el empleo obrero industrial caería sólo en -12.4^o/o en el período señalado.(1)

Las oportunidades de empleo obrero formal se han reducido, pues, notablemente. Esto repercute sobre el crecimiento de la marginalidad laboral y el desempleo. En efecto, también con cifras nacionales del INE podemos estimar la magnitud de la exclusión ocupacional que se ha producido.

Las categorías tradicionales de la marginalidad, vale decir, las posiciones no asalariadas en comercio y servicio y el servicio doméstico, se estabilizan en el decenio: su peso relativo se mantiene alrededor del 15^o/o, aunque en números absolutos esto significa un incremento de cerca de 30 mil jóvenes en estas actividades. La exclusión ocupacional, no obstante, se expresa en la aparición del PEM que congrega casi 50 mil jóvenes y pasa a representar el 5.9^o/o de la PEA no agrícola joven, y sobremanera en el crecimiento explosivo de la deso-

(1) Los datos de la Universidad de Chile son los siguientes:

Participación del empleo obrero en la industria manufacturera en el total de la PEA joven ocupada.

	15-19	20-24	15-24
1960	12.8	21.4	34.2
1970	13.8	24.8	38.6
1980	5.3	21.2	26.5

Fuente: Encuesta de Ocupación y Desocupación de la Universidad de Chile. Gran Santiago.

La exclusión del desempleo en estas cifras hace que los descensos en la proporción de empleo obrero industrial sean más suaves respecto de las estadísticas del INE.

cupación que se triplica entre estas fechas, aumentando en 150 mil el número de jóvenes desocupados.(1)

CUADRO Nº 3

PARTICIPACION DEL EMPLEO MARGINAL Y DEL DESEMPLEO SOBRE EL TOTAL DE LA PEA NO AGRICOLA JOVEN (15-24 años)

	1971	1980
Empleadas domésticas	11.6 (66,5)	11.2 (89,1)
Comerciantes marginales	2.3 (13,4)	3.1 (24,6)
Trab. en serv. marginales	1.1 (6,4)	1.0 (8,6)
PEM		5.9 (46,9)
Cesantes y BTPV (a)	8.3 (48.1)	24.3 (193,8)
TOTAL	23.3 (134,4)	45.5 (363,0)

Fuente:
Instituto Nacional de Estadísticas. Chile (Entre paréntesis se indican las cifras absolutas en miles).
(a) incluye el total de cesantes en la fuerza de trabajo joven.

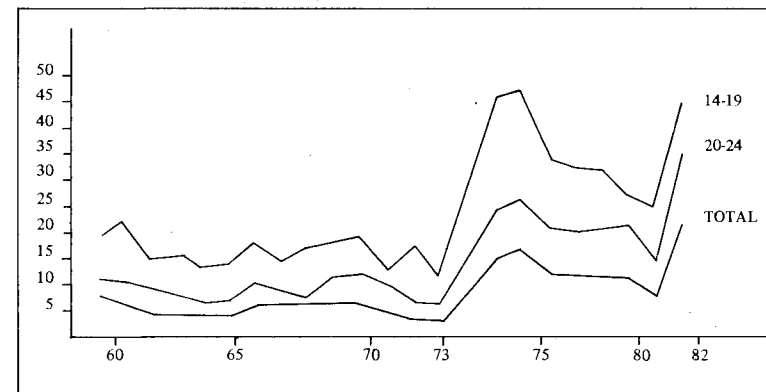
Las series de la Universidad de Chile para el Gran Santiago también ilustran sobre este crecimiento inusual de la desocupación en los últimos años. Según estos datos, el desempleo registra un promedio de 36.7% en el grupo 14-19 años y 23.2% en el grupo 20-24 años en el período 74-82, más que duplicando con ello los promedios históricos obtenidos en los años anteriores. Es cierto que la desocupación

(1) No hemos contabilizado dentro de la marginalidad laboral —con el fin de hacer un cálculo más preciso— a los obreros fuera del sector productivo y los artesanos. Ambas categorías conservan aproximadamente su peso relativo entre estos años: los obreros en comercio y servicios aumentan de 11.8% (67,5 mil) a 13.9% (110,8 mil trabajadores), mientras los artesanos disminuyen de 4.7% (27.0 mil) a 4.1% (32,5 mil). La caída del empleo asalariado en el sector productivo, pues, no se compensa con el crecimiento del sector terciario no marginal: su principal destino va a ser el desempleo.

crece desmedidamente en épocas de crisis, sin embargo, nunca cede verdaderamente en el curso de esta década. En efecto, aún en períodos de prosperidad económica, la desocupación abierta se mantiene en alrededor del 25% de la fuerza de trabajo joven, desde luego, siempre con tasas diferenciales según la edad. Aún sin contar los períodos de crisis, en estos años se ha mantenido regularmente a alrededor de 200 mil jóvenes fuera del empleo.

GRAFICO Nº 1

EVOLUCION DE LAS TASAS DE DESOCUPACION DE GRUPOS JOVENES Y TOTAL DE LA FUERZA DE TRABAJO. GRAN SANTIAGO (1960 - 1982)



Fuente:
Encuesta de Ocupación y Desocupación de la Universidad de Chile. (junio).

La magnitud de la exclusión ocupacional (desocupación más ocupaciones marginales) puede ser estimada entonces en alrededor de 360 mil jóvenes (el 45.5% de la PEA no agrícola entre 15 y 24 años en 1980). Tal exclusión duplica el nivel registrado a comienzos de la década, que era sólo 23.3% (alrededor de 130 mil jóvenes). También aquí el incremento de la marginalidad ha afectado primordialmente a los jóvenes: en la PEA no agrícola mayor de 24 años la exclusión creció

en + 76,10/o; entre los jóvenes el peso relativo de las posiciones marginales aumentó en + 92,20/o. En números absolutos, la exclusión ha aumentado en 230 mil jóvenes, cifra que contiene toda la reducción del empleo productivo (80 mil según hemos visto) y una parte considerable del crecimiento de la fuerza de trabajo en el período (estimada en 220 mil plazas).(1)

El impacto del proceso de desindustrialización puede resumirse finalmente en la siguiente relación: a comienzos de la década, por cada 10 jóvenes con empleos en el sector productivo existían solamente 5 jóvenes excluidos; a finales del decenio, en cambio, existirán alrededor de 28 jóvenes marginados.

- (1) El crecimiento de la marginalidad laboral entre los jóvenes se agudiza, en parte, con la presión demográfica que éstos ejercen en la década de los 70's. Las tasas de crecimiento demográfico de los jóvenes entre 15 y 24 años señalan la magnitud de esta presión:

Tasas de crecimiento demográfico de jóvenes entre 15-24 años.

	15-19	20-24
1940-1950	1.14	1.99
1950-1960	2.86	1.26
1960-1970	1.96	2.93
1970-1980	2.87	2.86

El origen de este fenómeno se encuentra en la llamada "explosión" demográfica de los años, donde se conjugan tasas de mortalidad descendentes (sobre todo mortalidad infantil) con niveles aún altos de natalidad. En efecto, en el período intercensal 52-60, la tasa de crecimiento medio fue de 2.760/o anual, para bajar a 1.850/o y 1.700/o anual en los períodos siguientes, 60-70 y 70-80 respectivamente. El efecto de arrastre de este crecimiento explosivo de los 50's (e incluso primer quinquenio de los 60's) explica la importancia demográfica de los jóvenes en el último decenio, que alcanza su cúspide justamente en 1980 cuando los jóvenes entre 15 y 24 años representaron el 20.640/o de la población total (aproximadamente 2,4 millones de personas). Este efecto demográfico, sin embargo, es en parte importante compensado por la disminución de las tasas de participación juveniles que se deben, a su vez, al crecimiento de la matrícula escolar. Los datos de la Universidad de Chile para el Gran Santiago muestran que la participación laboral del grupo 15-19 años desciende de 19.00/o en 1970 a 12.50/o en 1980, y en el grupo 20-24 años el descenso registrado es de 60.90/o a 56.30/o en igual período.

Los efectos de la reducción del empleo obrero en la industria y la construcción no son sólo, ni principalmente, económicos. Desde luego, implican un deterioro importante en los niveles de ingreso, condiciones de trabajo y acceso a la seguridad social. Pero su impacto social no es menos significativo: con esta reducción se ha producido, en efecto, una fuerte desasalarización de las relaciones de trabajo y desarticulación del mundo laboral. En términos específicos, las posibilidades de sindicalización se han reducido, y con ello, las oportunidades de constituir y negociar colectivamente la demanda obrera. La atomización laboral es efectivamente la consecuencia más importante del incremento de la marginalidad entre los jóvenes.

Los mercados informales de trabajo (excluyendo el empleo doméstico y en parte los programas de empleo mínimo) son mercados altamente desestructurados, donde predominan relaciones individuales de trabajo, relaciones no asalariadas o semiasalariadas y alta rotación laboral (es típicamente el caso de los vendedores ambulantes y actividades afines y de los trabajadores artesanales). En aquellos mercados que admiten relaciones asalariadas de trabajo nos encontramos, por su parte, ya con relaciones privadas (empleadas domésticas), ya con severas restricciones en la asociación de intereses (empleo mínimo). Es fácil advertir, en efecto, las enormes dificultades y precariedad de los esfuerzos de sindicalización en el sector informal urbano.

Tales condiciones se reproducen más limitadamente en la propia industria y construcción. Por un lado, tenemos la implantación de contratos de aprendizajes, que permiten pagar salarios inferiores al mínimo no afectos a seguridad social y excluir a los jóvenes de los derechos de sindicalización y negociación; y por otro, la generalización de los contratos a trato y por temporadas, sobre todo en la construcción, con garantías similares para los empleadores. Por último, la reglamentación sobre despidos se ha vuelto deliberadamente tolerante lo que repercute negativamente sobre la estabilidad del empleo obrero formal. También, pues, se ha pro-

ducido una suerte de informalización del empleo obrero en la industria y, sobremanera en la construcción, aunque probablemente sin la intensidad con que se produce en otros mercados. El desempleo, finalmente, es por antonomasia, una situación de desestructuración social.

CARACTERISTICAS DEL EMPLEO MARGINAL

Los resultados de nuestra encuesta permiten estudiar más detalladamente las características de los mercados ocupacionales en que participan estos jóvenes. Con este fin hemos construido un listado de ocupaciones que intenta abarcar el universo de trabajos que conforman tales mercados.

Las ocupaciones que se registran son las siguientes:

- 00: **Cesantes**
- 10: **PEM**
- 20: **Comerciantes y Trabajadores marginales:** vendedores ambulantes, vendedores en ferias libres, carretoneros, fleteros y afines (21), suplementeros (22), pionetas y cargadores (23), aseadores ocasionales y cuidadores de camarines, autos, casas y similares (24) y otros trabajadores marginales (25)
- 30: **POJH**
- 40: **Ayudantes y Aprendices:** ayudantes en servicios personales (41), aprendices y ayudantes en talleres artesanales, mecánicos y de reparación en general (42) y aprendices en la construcción (43).
- 50: **Empleadas domésticas:** puertas adentro (51) y puertas afuera (52).
- 60: **Operarios en comercio y servicios:** vendedores en pequeño comercio (61), trabajadores auxiliares en comercio establecido (incluye promotoras de ventas) (62), repartidores, heladeros, vendedores de leche en carro y similares (63), juniors y auxiliares en servicios de oficina (64) y otros trabajadores auxiliares en servicios no administrativos (incluye cuidado de niños, ancianos, enfermos) (65).
- 70: **Artisanos y Trabajadores por cuenta propia:** trabajadores por cuenta propia en servicios personales (incluye jardineros, gásteres, costureras, lavanderas) (71) y artesanos por cuenta propia u operarios en talleres pequeños o empresas familiares (carpinteros, zapateros, mueblistas, etc.) (72).

- 80: **Obreros en industria y construcción:** obreros no calificados que trabajan a trato, por temporadas o con contratos de aprendices (81), obreros y jornaleros en la construcción (82), obreros industriales con/sin calificación con contrato fijo (83) y otros operarios no clasificados (84).
- 90: **Empleados en comercio y servicios** (incluye transporte): choferes (91), dependientes de comercio establecido (vendedores, mesoneras, cajeras, mozos y garzones) (92), empleadas en servicios no administrativos (93), empleadas en servicios administrativos (incluye secretarías) (94) y técnicos o profesionales (95).

El cuadro adjunto muestra la frecuencia con que los jóvenes consiguen determinados tipos de ocupaciones –independientemente de su duración– al interior de sus trayectorias laborales, según sexo y grupos de edad. Más adelante haremos referencia a la duración de las ocupaciones y al efecto de los ciclos económicos que alteran esta distribución.(1)

Las principales conclusiones que se desprenden de este cuadro son las siguientes:

- a) el trabajo precoz se concentra casi totalmente en el comercio ambulante y en la categoría de ayudantes y aprendices (sobre todo en pequeños talleres artesanales y de reparación) en el caso de los hombres. Entre las

(1) Debe advertirse que la edad de ingreso en la fuerza de trabajo presenta diferencias importantes según el sexo como se muestra enseguida:

EDAD DE INGRESO EN LA FUERZA DE TRABAJO				
	Antes de 15	15-19 años	20-24 años	Edad promedio
Hombres	43.4	52.7	3.8	14.7
Mujeres	19.7	67.2	13.2	16.6

Las mujeres entran en promedio dos años después que los hombres y no suelen trabajar antes de los 15 años: esta situación favorece su permanencia en la escuela y explica las ventajas educacionales que presentan respecto de los hombres (ver más adelante). Ver además nota sobre la subrepresentación de las empleadas domésticas en la muestra que probablemente explique también la magnitud de estas diferencias.

CUADRO N° 4
DISTRIBUCION DE LAS OCUPACIONES POR SEXO
Y GRUPOS DE EDAD

	HOMBRES			MUJERES		
	10-14	15-19	20-24	10-14	15-19	20-24
10 PEM	-	3.6	4.6	-	4.6	15.6
20 VEND. Y TRAB. MARGINAL	51.7	24.8	13.2	17.6	9.5	4.9
21 Vend. Ambulantes y afines	34.4	13.4	6.0	6.0	4.2	3.5
22 Suplementeros	2.5	0.9	0.6	-	-	-
23 Pioneta y cargadores	2.5	3.8	2.9	-	-	-
24 Aseadores y cuidadores	3.6	4.2	3.7	5.8	4.2	1.4
25 Otros trab. marginales	8.7	2.5	-	5.8	1.1	-
30 POJH	-	8.9	24.4	-	2.7	3.5
40 AYUDANTES Y APRENDICES	18.3	15.3	10.4	9.7	3.4	3.5
41 Ayud. serv. personales	1.5	1.2	0.9	3.9	0.4	2.1
42 Ayud. talleres	13.2	10.3	6.6	5.8	3.0	1.4
43 Ayud. Construcción	3.6	3.8	2.9	-	-	-
50 EMPLEADAS DOMESTICAS	-	-	-	35.3	21.7	16.2
51 Emp. dom. p/adentro	-	-	-	15.7	9.1	4.9
52 Emp. dom. p/afuera	-	-	-	19.6	12.6	11.3
60 OPERARIOS COM. Y SERV.	15.3	19.4	13.2	33.4	32.0	23.3
61 Vend. pequeño comerc.	6.1	4.4	3.7	3.9	6.5	2.1
62 Aux. en comercio	3.1	4.5	3.7	-	9.5	9.9
63 Repartid. y otros vend.	2.0	4.5	2.0	-	0.4	1.4
64 Junior y aux. de oficina	3.1	5.2	3.2	2.0	1.9	1.4
65 Otros aux. de servicio	1.0	0.8	0.6	27.5	13.7	8.5
70 ARTESANOS Y TPCP	5.1	8.1	8.9	-	6.4	4.9
71 Tpcp serv. personales	1.5	2.4	2.9	-	1.1	2.1
72 Artesanos c/p y talleres	3.6	5.9	6.0	-	5.3	2.8
80 OBREROS EN IND. Y CONST.	9.6	17.1	18.1	4.0	8.0	7.7
81 Obreros s/contra fijo	1.0	1.9	1.4	2.0	1.9	2.1
82 Obreros en construcción	2.5	7.5	6.9	-	-	-
83 Obreros industriales	1.5	4.4	5.8	2.0	5.7	5.6
84 Otros obreros	4.6	3.3	4.0	-	0.4	-
90 EMPLEADOS SECT/TERCIAR	-	2.8	7.2	-	11.7	20.4
91 Choferes	-	0.3	0.9	-	-	-
92 Depen. comercio establecido	-	1.1	1.2	-	7.2	7.0
93 Empleados serv. n/admin.	-	0.5	2.3	-	1.1	7.8
94 Empleados serv. adminis.	-	0.6	1.4	-	3.0	4.9
95 Técnicos y profesionales	-	0.3	1.4	-	0.4	0.7

(a) En este cuadro se consideraron solamente las ocupaciones (o la condición ocupacional en el caso de los trabajadores independientes) que se retienen ininterrumpidamente al menos un mes (se excluyen por lo tanto los denominados "pololos" o trabajos ocasionales que duran menos de ese lapso).

mujeres son el servicio doméstico (1) —considerado clásicamente una ocupación de ingreso en la fuerza de trabajo—, las auxiliares de servicios (que se asemejan al servicio doméstico en jardines infantiles, hospicios y asilos), y también el comercio callejero, quienes concentran a las jóvenes que ingresan prematuramente al mercado laboral.

- b) la incidencia relativa de todas estas categorías disminuye con la edad, mientras se acrecienta el peso de los empleos formales, especialmente los obreros en el caso de los hombres, y las empleadas en comercio y servicios entre las mujeres. Como es obvio, el aumento en la edad permite mejorar las posiciones ocupacionales (véase el gráfico de más abajo que describe el nivel ocupacional promedio en las distintas edades).
- c) no obstante, el empleo obrero en el sector secundario no alcanza a reunir un quinto del total de empleos masculinos y es todavía menos importante entre las mujeres (cuestión que se debe solamente a la inexistencia de obreras en la construcción, ya que el empleo con contrato fijo en la industria tiene proporciones equivalentes). Además, el empleo obrero no sigue como los asalariados en el sector terciario una progresión etaria: su peso relativo se mantiene relativamente estable en el tramo 15-24 años. La edad sólo influye ligeramente en un aumento de los obreros industriales respecto de los que se desempeñan en la construcción. Asimismo, es importante destacar que en el empleo secundario abundan los trabajadores que realizan labores fuera de la industria o sin contrato estable en ella.
- d) las mujeres acceden privilegiadamente al sector terciario formal, sobretodo como dependientes del comercio establecido y empleadas en servicios no administrativos.

- (1) La proposición de empleadas domésticas está sobrerrepresentada en la muestra por razones propias de una encuesta que ocupa como lugar de muestreo las viviendas. Esta alteración se produce, sobre todo, con las empleadas domésticas puertas adentro pero también afecta aquellas que trabajan puertas afuera cuyos horarios de trabajo suelen ser muy prolongados.

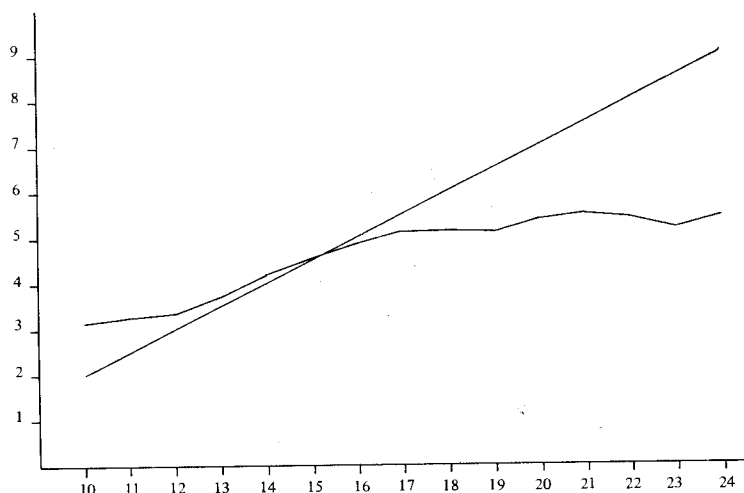
También lo hacen en posiciones comerciales no formales, como vendedoras en pequeño comercio (sólo en edades jóvenes) y auxiliares de comercio, principalmente bajo la forma de promotoras de ventas. La expansión de las ocupaciones en comercio y servicios que se ha verificado en los últimos años, que abarca no sólo las posiciones marginales en estos sectores, ha permitido —sobre todo a las mujeres— sortear el empleo marginal tradicional (empleo doméstico).

- e) los programas de empleo mínimo constituyen un caso especial:(1) congregan a mujeres (PEM) y hombres (POJH), principalmente en el grupo 20-24 años, sin duda, por el límite legal de 18 años que se exige, y en algunos casos, la condición de jefe de hogar. Estos programas constituyen claramente una alternativa frente al comercio ambulante y los oficios de aprendices y ayudantes que descienden bruscamente en estas edades. Pero

-
- (1) Los programas gubernamentales de empleo mínimo PEM (Programa de Empleo Mínimo) y POJH (Programa Ocupacional para Jefes de Hogar) tendrán gran importancia en el análisis ocupacional de los jóvenes. Ambos fueron creados como programas de emergencia para reducir los efectos del desempleo en épocas de crisis. El PEM fue creado justamente durante la recesión de mediados de los setenta (1975), aunque se mantuvo con una cobertura variable hasta la actualidad. El POJH, por su parte, comenzó a operar en octubre de 1982, sobre todo en vistas del incremento espectacular del desempleo adulto. Ambos programas desarrollan actividades de baja productividad aunque intensivas en mano de obra (mejoramiento de señalización vial, construcción de veredas, apertura de caminos, construcción de letrinas y pozos negros, remarcación de pavimentos, forestación, etc.). El POJH implementa proyecto de mayor productividad, entre otras cosas, porque permite destinar un porcentaje mayor que el PEM en gastos de insumo y capital y porque emplea mayoritariamente obra de mano masculina. También existen diferencias de ingresos: el salario PEM alcanza a \$ 2.000 mensuales, mientras el POJH para trabajadores no calificados paga un salario de \$ 4.000 (alrededor de US\$ 50), ambos por debajo del salario mínimo legal y por jornadas que fluctúan entre 5 y 7 horas diarias. Ambos programas son administrados por municipalidades: el POJH se ha extendido sobre todo en la Región Metropolitana, especialmente en las comunas de Pudahuel, La Granja, Ñuñoa, La Cisterna y Quinta Normal en ese orden. El PEM tiene, en cambio, una cobertura nacional ya consolidada. Aunque originalmente el POJH exigía acreditar la condición de Jefe de Hogar, se presume que, dada la enorme demanda, se ha extendido incluyendo una proporción muy significativa de jóvenes. Ambos programas conservan, sin embargo, el límite legal de los 18 años.

también son programas que recogen el contingente de jóvenes que encuentran bloqueado el acceso a la industria. Es esta importancia del empleo mínimo entre los mayores de 18 años la que explica que la progresión del nivel ocupacional promedio en estas edades no sea muy significativa. Obsérvese, en efecto, que la curva prácticamente se estabiliza a partir de esa edad.

GRAFICO Nº 2
NIVEL OCUPACIONAL PROMEDIO SEGUN EDAD(*)



(*) El nivel ocupacional promedio se obtuvo considerando solamente el primer dígito de la escala de ocupaciones anteriormente citada y el total de ocupados en la edad respectiva.

f) por último, los trabajadores y artesanos que laboran por cuenta propia, en empresas familiares o talleres pequeños representan cuotas menos relevantes en la distribución total de los empleos: observaremos que aumentan con la edad en el caso de los hombres, así como los ayudantes y aprendices disminuyen en el mismo sentido; los jóvenes de mayor edad usualmente han aprendido un

oficio y lo ejercen independientemente (carpinteros, zapateros, mueblistas, jardineros, etc.). Con todo, el empleo artesanal no es eminentemente juvenil, entre otras cosas, porque requiere de cierto capital propio que los jóvenes nunca logran acumular.

La precariedad de estos empleos en términos de calificación, salario y condiciones de trabajo se expresa también en la inestabilidad laboral que reina en estos mercados. En el cuadro siguiente se muestra la duración media de los empleos por persona expresada en meses. Debe recordarse que los trabajos ocasionales (aquellos que duran menos de un mes) no están contemplados. El resultado es, con todo, bastante expresivo: alrededor de un tercio de los jóvenes ha dispuesto de empleos que duran seis meses o menos, mientras cerca de la dos terceras partes, ha tenido empleos que duran en promedio menos de un año.

Sólo una reducida proporción de jóvenes ha gozado de alguna estabilidad laboral. Paradojalmente, esta estabilidad se consigue sobre todo en los empleos por cuenta propia. Es el caso del comercio ambulante y ocupaciones afines que muestran la proporción más alta de retención laboral (alcanzando un índice de duración de 2.94 entre los vendedores callejeros). El principal motivo de esta estabilidad, sin embargo, es

CUADRO Nº 5

DURACION MEDIA DE LOS TRABAJOS POR PERSONA
(en meses)

1-3 meses	3-6 meses	6-12 meses	13-24 meses	más de 24
13.4	21.2	29.3	24.3	11.8

que tales trabajos se consiguen en edades tempranas —menores de 15 años— cuando las alternativas de empleo son escasas, por lo que deben retenerse forzosamente por varios años. Algo similar ocurre entre ayudantes y aprendices (especialmente los que se desempeñan en servicios personales o talleres que alcanzan un coeficiente de 2.64), aunque aquí predo-

mina también el empleo ocasional, sobre todo entre los aprendices de la construcción (que alcanzan un coeficiente de 2.28 solamente).

CUADRO N° 6

DURACION DE LOS TRABAJOS POR TIPO DE OCUPACION

	1-3 meses	4-6 meses	8-12 meses	13-24 meses	más de 24 meses	índice dura- ción
10 PEM	15.1	28.3	41.5	13.2	1.9	2.58
20 Vend. y Trab. marginales	20.8	19.4	24.3	20.1	15.3	2.89
30 POJH	—	—	—	—	—	—
40 Ayud. y aprendices	29.4	21.8	22.4	17.1	9.4	2.55
50 Empl. domésticas	29.3	14.1	32.3	15.2	9.1	2.60
60 Operarios com. y serv.	29.4	23.0	29.4	10.5	7.8	2.44
70 Artesanos y cuenta propia	22.1	23.3	26.7	15.1	12.8	2.73
80 Obreros ind. y const.	22.3	24.4	29.5	13.5	9.8	2.65
90 Empleados com. y serv.	13.6	27.3	33.0	20.5	5.7	2.77
TOTAL	24.2	22.1	28.1	15.5	10.1	2.65

* Se exceptúan el POJH por tratarse de un programa muy reciente.

Por otra parte, se encuentra también mayor retención en los empleos artesanales por cuenta propia o en pequeños talleres (cuyo índice alcanza a 2.96), donde al igual que el comercio ambulante prima la autoocupación que suele ser un factor de retención laboral, favorecida además por la disposición de alguna calificación y capital propio. El índice obtenido para el empleo obrero esconde mucha diversidad: las ocupaciones por temporada o con contratos de aprendizaje arrojan, desde luego, un índice muy bajo (1.60) y es también baja la retención del empleo en la construcción (2.50) que opera casi siempre por faenas particulares. En cambio, el empleo obrero en la industria resulta, como era de esperarse, el más estable de todos (3.26). Sólo los empleos administrativos y técnicos (con índices 3.0 en ambos casos) se aproximan al empleo obrero industrial. Los restantes empleos asalariados, incluyendo vendedoras en comercio establecido con índice 2.69, los trabajadores PEM con índice 2.58 y las empleadas domésticas puertas adentro y afuera con índices 2.57 y 2.71 respectivamente, están dentro del promedio general. La esta-

bilidad laboral está vinculada, entonces, con la autoocupación (aunque por razones especiales en el caso de los trabajadores marginales por cuenta propia), los empleos obreros con contrato en la industria y los empleos administrativos.

La marginalidad laboral descrita reúne, pues, características definidas: i) incorporación temprana en la fuerza de trabajo, especialmente entre los hombres, con los efectos consiguientes de deserción escolar e inserción ocupacional precaria (sobre todo comercio ambulante y empleo doméstico); ii) predominio de relaciones informales de trabajo, vale decir, de relaciones semiasalariadas (contratos a trato, de aprendices o subsidios estatales) y de la autoocupación; iii) el peso relativo de las ocupaciones asalariadas aumenta entre las mujeres a través del empleo doméstico (considerado de todos modos dentro de los empleos informales) y el acceso al sector terciario formal (comercio establecido y servicios públicos); entre los hombres, disminuye por la inserción limitada a la industria manufacturera; iv) predominio de una alta inestabilidad laboral que refuerza la ya intensa desestructuración de los mercados de trabajo en que participan los jóvenes.

EL IMPACTO DE LA CRISIS ECONOMICA

La situación de marginalidad laboral recién descrita no hace sino profundizarse con la crisis. Los materiales que se obtuvieron a partir de la encuesta permiten evaluar el impacto de aquella, examinando los procesos de movilidad colectiva e individual que han afectado a los jóvenes en el último tiempo.

En el cuadro de más abajo se exponen resumidamente las variaciones en la estructura ocupacional de los jóvenes entre 1980, considerado el año de mayor bonanza y prosperidad económica del último decenio, y 1983, que corresponde al período más intenso de la crisis económica. En esta comparación se mantuvo la edad constante, por lo que la información se restringe a los jóvenes ocupados en ambos años entre 15 y 21 años.

CUADRO N° 7

DISTRIBUCION OCUPACIONAL EN PERIODO DE PROSPERIDAD Y CRISIS DE JOVENES ENTRE 15 y 21 AÑOS DEL ESTRATO POPULAR

	1980	1983
10 PEM	1.6	4.5
20 Vendedores y trab. marginales	17.3	12.7
30 POJH	—	39.1
40 Ayudantes y aprendices	14.6	4.5
50 Empleadas domésticas	6.7	7.3
60 Operarios en comc. y servicios	18.5	13.2
70 Trab. artesanales y cta. propia	10.2	7.7
80 Obreros	17.7	5.5
90 Empl. en comerc. y servicios	13.4	5.5

Aquí se consideran exclusivamente los cambios relativos que ocurren al interior de las distintas posiciones ocupacionales por lo tanto, se elimina el incremento del desempleo que

ocurre entre ambas fechas. Desde luego, éste es el principal signo de deterioro: considerando este factor, tenemos que el desempleo crece desde 17.50/o en 1980 a 38.00/o en 1983, es decir, se dobla en el lapso de estos tres últimos años. Es cierto que las tasas de participación suelen aumentar en los períodos de crisis (según los comportamientos de la fuerza de trabajo secundaria descritos por Aravena) lo que tiende a engrosar la desocupación. Este efecto, sin embargo, no puede ser medido a través de este procedimiento.

El segundo signo que domina todos los cambios es la aparición del POJH que concentra casi el 40 por ciento de los actualmente ocupados. Esto hace que todas las restantes categorías sufran decrecimientos relativos, exceptuando el PEM y el servicio doméstico: el aumento en estos grupos, predominantemente femeninos, indicaría por una parte, mayor incorporación de mujeres al mercado de trabajo como producto de la crisis, y, por otra, cierta capacidad de resistencia en ambas ocupaciones. El PEM, porque se trata de un programa gubernamental que se expande precisamente en el último período, mientras el servicio doméstico porque se ajusta más fácilmente a condiciones adversas a través de una reducción de remuneraciones.

Las caídas relativas más importantes se producen, por su parte, en el empleo obrero y en los empleos asalariados en comercio y servicios, esto es, en los tramos superiores de la escala ocupacional, que caen desde un 31,10/o en 1980 a 11.00/o en 1983. Se trata aquí de reducciones muy drásticas en el empleo obrero en la construcción y en la industria en un caso, y de los empleados vinculados al comercio establecido en otro. Los empleos intermedios, en cambio, sufren desplazamientos menos intensos, en parte porque en muchos de ellos prima la auto-ocupación (trabajadores artesanales por cuenta propia).

También son importantes los cambios que registran las ocupaciones inferiores que engrosan masivamente el POJH: el comercio ambulante y ocupaciones parecidas decrecen en términos relativos, lo mismo que la categoría de

ayudantes y aprendices. En el primer caso, lo característico parece ser el envejecimiento de este tipo de ocupaciones (mujeres y adultos en general se incorporan al comercio callejero), a la vez que el POJH tiene un efecto de descompresión que atrae a jóvenes anteriormente dedicados a estas actividades. En el segundo caso, tenemos que en condiciones de crisis se prescinde rápidamente de ayudantes y aprendices (por reducción de faenas en el caso de la construcción y por ahorro en las empresas pequeñas) quienes también fijan sus expectativas en el POJH que ofrece alguna mayor estabilidad y remuneración parecida.

Estos procesos colectivos de degradación provocados por la crisis pueden ser vistos individualmente. En el cuadro que se presenta más adelante hemos intentado justamente esto: seguir las trayectorias ocupacionales de los jóvenes para estimar la magnitud y características de los desplazamientos ascendentes y descendentes que muestran. Conservaremos los años de prosperidad y crisis que hemos mencionado. El método consiste, entonces, en comparar las actividades actuales (83) con las anteriores (80) y determinar los cambios que hayan ocurrido. No sabremos, como en el caso anterior, lo que ocurre en los años intermedios. También debemos considerar que en este lapso la edad de los jóvenes aumenta, con lo cual existiría una tendencia natural a mejorar de posición ocupacional.

La nomenclatura que usamos para describir estas trayectorias es la siguiente:

- a) Indica retención o mantención de status ocupacional, vale decir, la actividad actual es la misma que la actividad anterior.
- b) Señala exclusión del empleo, es decir, todos aquellos que caen desde alguna actividad anterior al desempleo.
- c) Indica lo contrario, es decir, incorporación al empleo desde la cesantía.
- d) Indica movilidad neta ascendente, es decir, el paso desde una categoría ocupacional inferior a una superior.

- e) Indica movilidad neta descendente, o sea, el paso desde una categoría superior a una inferior.
- f) Señala incorporación a la fuerza de trabajo, esto es, el paso desde la inactividad a alguna categoría ocupacional o a la cesantía.

CUADRO Nº 8

TIPO DE DESPLAZAMIENTOS OCUPACIONALES
EN EL PERIODO 80-83 SEGUN GRUPOS DE EDAD.

	15-19 años		20 - 24 años	
	Total	en la fuerza de trabajo	Total	en la fuerza de trabajo
a) Mantienen status	6.6	19.2	20.9	27.8
b) Excluidos del empleo	13.2	38.4	18.6	24.7
c) Incluidos al empleo	2.4	6.8	10.6	14.1
d) Ascenden	7.5	21.9	6.8	9.0
e) Descienden	4.7	13.7	18.3	24.3
f) Se incorporan a la F. de T.	65.1	—	24.8	—

Los resultados de esta matriz son muy disímiles y difícilmente comparables. Entre los jóvenes de 15-19 años predomina, como es obvio, la incorporación a la fuerza de trabajo entre ambas fechas por razones de edad. Entre estos recientemente incorporados, sin embargo, conviene subrayar que el 45.7% se encuentra actualmente cesante y el 18.8% posee un trabajo POJH, vale decir, cerca de dos tercios no ha iniciado propiamente una carrera laboral o ésta se interrumpió bruscamente a corto andar. La proporción de cesantes entre los recién incorporados es mayor que entre aquellos que poseían alguna actividad anterior lo que indica que la situación es mucho más desfavorable entre los primeros. Si consideráramos solamente aquellos que estaban incorporados en la fuerza de trabajo tenemos que un 37.8% ha caído a la cesantía y un 21.6% ha sufrido pérdida de status ocupacional. En otras palabras, el 60 por ciento de estos jóvenes ha sufrido movimientos descendentes en la escala ocupacional, mientras alrededor del 20 por ciento asciende y otro tanto se mantiene en la misma ocupación anterior.

En el grupo de jóvenes que tiene 20-24 años el ingreso a la fuerza de trabajo en este período es mucho menor. En este caso la mayor parte ya se encontraba dentro de la actividad laboral como corresponde a su mayor edad. Entre los recientemente incorporados (principalmente mujeres) ocurre algo similar al grupo de edad inferior: el 38.1% se encuentra cesante (también en proporción mayor que los ya incorporados), mientras el 14.3% se halla empleado en el POJH y el 13.1% en el PEM. Otra vez tenemos que los más perjudicados son estos jóvenes de menor trayectoria laboral. Entre los restantes tenemos una situación diversa: un 28% ha caído a la cesantía y un 27.5% ha sufrido pérdida de status, vale decir, algo más de la mitad de los jóvenes anteriormente incorporados a la fuerza de trabajo han sido afectados por procesos de deterioro ocupacional. Como vemos esta degradación es ligeramente menos intensa que en el grupo de edad inferior. Aquellos que mantienen su status ocupacional son, sin embargo, más numerosos (31.5 por ciento) mientras que los que ascienden representan solamente el 10.2% de los incorporados.

CUADRO Nº 9

MANTENCION DE LA POSICION OCUPACIONAL Y
DESPLAZAMIENTOS HACIA LA CESANTIA Y EL POJH
ENTRE JOVENES INCORPORADOS A LA FUERZA DE TRABAJO,
SEGUN CLASE DE OCUPACION

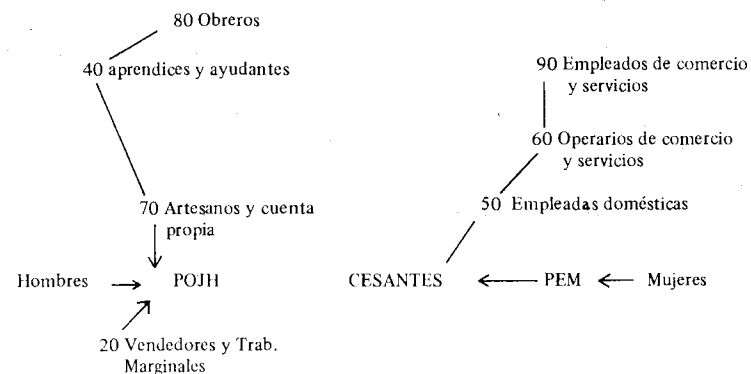
	Caen a la Cesantía	Caen al POJH	Mantienen posición	Otros Desplazamientos.
00 Cesantes	—	33.9	30.5	35.6
10 PEM	—	—	—	—
20 Vend. y Trab. Marginales	30.0	36.0	28.0	6.0
30 POJH	—	—	—	—
40 Ayudantes y aprendices	28.5	45.2	14.3	12.0
50 Empleadas domésticas	55.5	5.5	33.3	5.7
60 Operarios en comerc. y servicios	51.2	18.6	11.6	18.6
70 Artesanos y cuenta propia	19.4	22.5	35.5	22.6
80 Obreros	21.7	39.1	23.9	15.3
90 Empleados	42.4	15.2	39.4	3.0

Examinando el origen y la dirección de los desplazamientos ocupacionales obtenemos varias conclusiones. Por una parte, los grupos de ocupación que retienen menor proporción de jóvenes (aquellos que presentan mayor movilidad) son los ayudantes y aprendices (40), los trabajadores en comercio y servicios de nivel medio (60) y los obreros (80). Por el contrario, los grupos donde los jóvenes tienden en mayor proporción a mantener su status ocupacional son los vendedores ambulantes y similares (20), los trabajadores artesanales (70), las servidoras domésticas (50) y los empleados de nivel alto (90). La tendencia a mantener la condición ocupacional anterior es más frecuente en los grupos donde predomina la auto-ocupación (los dos primeros) y en los grupos femeninos donde predominan relaciones asalariadas (los dos segundos).

En los grupos de mayor movilidad se verifican también los mayores descensos ocupacionales (alrededor del 75% de los jóvenes que conseguían empleos de estas categorías han bajado de nivel), aunque estos desplazamientos hacia abajo afectan en gran proporción a todos los grupos.

El destino de todos los descensos es la cesantía y el POJH. El pasaje hacia el POJH es más relevante entre los trabajadores manuales (aprendices y obreros), mientras los trabajadores en comercio y servicio caen con mayor frecuencia a la cesantía. Estos últimos rehuyen el trabajo POJH, ya porque poseen mayor escolaridad (mayor selectividad en la búsqueda de empleo), ya porque en estas categorías predominan las mujeres que tienen un acceso mucho más limitado a los programas gubernamentales de empleo mínimo.

Podemos construir, con estos resultados, un modelo de degradaciones que presentaría las siguientes características:



Como vemos el destino de los descensos ocupacionales es el POJH (lugar donde se concentran los desplazamientos masculinos) y la cesantía más PEM (que recoge los deterioros ocupacionales de las mujeres).

Los datos del INE sobre el impacto de la crisis entre los jóvenes confirman los resultados de nuestra encuesta: su manifestación principal ha sido la exclusión del empleo y el desplazamiento hacia los programas de empleo mínimo. La desocupación en el rango 15-24 años aumenta de 20.6% en 1980 a 30.5% en 1982 en el total del país, lo que equivale a un aumento absoluto de cerca de 100 mil jóvenes. Los jóvenes desocupados en este último año ascendía a 288 mil contra 193,8 mil en 1980. Asimismo, el PEM y el POJH incrementan su participación relativa de 5% a 10.4% entre ambos años, pasando de 46.9 mil a 98,7 mil trabajadores. No obstante, la participación de los jóvenes en el desempleo baja entre estas fechas (en áreas urbanas de 50.1% a 35.1%) indicando con ello que la desocupación ha perjudicado notablemente a los adultos. Los jóvenes han sorteado el desempleo abierto, incorporándose masivamente al PEM y al POJH,

recurso que no tuvieron en la crisis anterior. En áreas urbanas, donde se extiende básicamente el POJH, la participación juvenil en estos programas sube de 10.7^o/o a 28.9^o/o entre los años señalados. Por último, debe consignarse que la crisis significa, a nivel nacional, una reducción adicional del empleo obrero industrial que alcanza a cerca de 30 mil jóvenes y del empleo obrero en la construcción que afecta a 9 mil. En el total de la fuerza de trabajo, el empleo obrero en el sector secundario se reduce de 8^o/o a 4.9^o/o. Los obreros jóvenes en el sector secundario eran 58.9 mil en 1982, contra cerca de 400 mil desocupados o trabajadores mínimos.

LA SITUACION ACTUAL: CESANTIA Y EMPLEO MINIMO

Con lo que llevamos dicho no resulta sorprendente que la situación actual –estimada en el período más intenso de la crisis– sea verdaderamente catastrófica. El desempleo abierto tiene una tasa de 37.8^o/o aunque fluctúa bastante entre un sector y otro, usualmente en relación a la magnitud del PEM y del POJH. En Herminda de la Victoria, la tasa de desempleo es de 32.3^o/o, pero el POJH recoge aquí la proporción más alta de jóvenes, y asimismo se incrementa el comercio ambulante. En San Gregorio, los desocupados se elevan bordeando el promedio general, pero existe menos POJH que en otras poblaciones, lo que a su vez es compensado con una mayor proporción de obreros PEM. En Lo Hermida la situación es la peor de todas: tenemos una tasa de desempleo de 46.2^o/o y una proporción de empleo mínimo también alta. La situación en Lo Hermida debe explicarse por el menor promedio de edad que se obtuvo en estos campamentos(1). Sumando desempleo y empleo mínimo, tenemos pues que el 72.0^o/o de los jóvenes de Lo Hermida se encuentran en esta situación, mientras en San Gregorio el 61.9^o/o y en Herminda de la Victoria el 63.1^o/o de los jóvenes.(2)

- (1) El promedio de edad de la muestra de Lo Hermida alcanzó a 19.4 años, mientras en San Gregorio y Herminda de la Victoria fue de 21.4 y 20.7 años respectivamente.
- (2) La estructura de ingresos provenientes del trabajo entre estos jóvenes es asimismo extraordinariamente deprimida:

Sin ingresos	Menos de 2.000	2.001 4.000	4.001 10.000	Más de 10.000
18.6	18.9	37.0	21.6	3.9

El cuadro muestra el ingreso mensual expresados en pesos chilenos (1983). Se observará que la población sin ingresos es menor que la población cesante, lo que indica que los desocupados consiguen eventualmente "pololos" o trabajos puntuales que les permite aportar algún ingreso al hogar. La concentración de los jóvenes en el tercer tramo de ingresos indica la importancia del POJH entre ellos.

CUADRO N° 10

SITUACION OCUPACIONAL ACTUAL DE LOS JOVENES,
SEGUN LOCALIZACION, EDAD, SEXO Y ESTADO CIVIL

	Cesantes	PEM	Vend. y Trab. Marg.	POJH	Ayud. y Aprend.	Emplea. Domést.	Operarios Com. y Serv.	Artesanos y cta. propia	Obreros s/secundario	Empleados s/tercario
	00	10	20	30	40	50	60	70	80	90
JOVENES	37.4	7.5	5.5	17.0	2.7	2.7	11.7	5.4	3.4	6.7
San Gregorio	46.2	1.5	5.5	24.3	1.5	4.5	6.5	4.0	3.5	2.5
Lo Hermida	32.3	3.2	10.1	27.6	2.8	2.3	5.6	5.4	6.0	4.7
H. de La Vict.										
TOTAL	37.8	3.7	7.2	23.7	2.4	3.1	7.5	5.0	4.4	5.2
JOVENES	46.4	0.9	7.8	22.8	1.8	3.2	10.0	4.2	1.9	1.0
15-19 años	34.5	5.4	6.9	24.2	2.6	3.1	5.8	5.4	5.6	6.5
20-24 años										
JOVENES	30.1	0.8	8.7	35.0	3.0	-	6.3	6.8	5.7	3.6
Hombres	54.9	8.8	4.4	3.4	1.0	8.8	9.3	1.5	2.0	5.9
Mujeres										
JOVENES	39.5	3.3	7.3	23.7	2.9	3.8	7.7	3.8	3.8	4.2
Soltero	36.4	5.1	6.8	23.7	-	0.9	5.9	9.3	6.8	5.1
Casados										

Como hemos visto, el desempleo es sensible a la edad: en este estudio los jóvenes de 15-19 años tienen una tasa de 43.4^o%, mientras entre los jóvenes de 20-24 años el desempleo alcanza a 34.5^o%. También la desocupación es mayor entre las mujeres (54.9^o%) que entre los hombres (30.1^o%), en gran parte debido a la cobertura esencialmente masculina de los programas de empleo mínimo.

Las restantes categorías ocupacionales pierden toda importancia en esta situación en que priman largamente los jóvenes desocupados y los trabajadores PEM y POJH. El comercio ambulante y ocupaciones afines recogen una proporción cercana al 8 por ciento de los jóvenes activos; constituyen actividades ejercidas de preferencia por hombres y no presentan diferencias importantes según la edad. Esto contrasta con los resultados anteriores en que el comercio ambulante aparecía como una actividad de adolescentes: la crisis parece empujar a los mayores hacia este tipo de trabajos.

La edad sólo sigue siendo un factor importante de diferenciación en las categorías superiores del empleo: en las ocupaciones obreras —que por lo demás apenas superan el 5 por ciento— y en aquellas con status de empleados, que alcanzan similar proporción. El sexo, por su parte, discrimina evidentemente en el caso del servicio doméstico (sub-representado en la muestra como hemos dicho) y entre las ocupaciones manuales y no manuales que muestran preponderancia masculina y femenina respectivamente. La localización también presenta algunas discontinuidades: las ya anotadas a propósito del PEM y del POJH que dependen sobremanera de la envergadura de los programas de empleo mínimo en cada comuna, pero además las ocupaciones inferiores vinculadas al comercio callejero que muestran mayor diversificación y tamaño en Pudahuel por razones desconocidas, en el servicio doméstico que crece en Lo Hermida quizás por la cercanía con los barrios residenciales de clase alta y en los empleos intermedios en comercio que se incrementan en San Gregorio también por causas que desconocemos.

El estado civil, por último, discrimina, aunque muy ligeramente, en favor de los jóvenes casados, quienes presentan menor cesantía y mayor acceso a ocupaciones superiores (especialmente en las categorías artesanos por cuenta propia y obreros industriales). Las mujeres casadas, en cambio, están en una situación aparentemente más desmedrada: no se emplean en el servicio doméstico (quizás por los horarios de trabajo y la necesidad de atender hogar e hijos) y acceden con mayor frecuencia, en su lugar, a los subsidios del PEM (que exige jornadas de trabajo más cortas y más cercanas al domicilio).

El impacto de la crisis se resume, pues, por una parte en incrementos de la desocupación, que afectan más intensamente a los jóvenes de menor trayectoria laboral, a las mujeres y aquellos jóvenes ocupados en oficios no manuales y que gozan usualmente de mayor escolaridad, y por otra, en el abultamiento de los programas estatales de empleo mínimo que recogen sobre todo a los hombres de mayor edad expulsados de posiciones obreras asalariadas, como aquellos que provienen de ocupaciones inferiores.(1)

La crisis produce además un deterioro ocupacional generalizado y profundo entre los jóvenes que afecta al menos al 60 por ciento de los trabajadores con desempeño laboral anterior, a la vez que ofrece condiciones muy adversas para aquellos que se han incorporado más recientemente al trabajo.

(1) En la muestra de Gili e Illanes (1975) que comprendía jóvenes entre 15 y 18 de La Bandera, Pablo de Rokha y Nueva Paraguay (307 casos), el perfil ocupacional era el siguiente: 31.60/o trabajadores ocasionales, 11.80/o cuenta propia u obreros a trato, 250/o empleados y obreros con contrato, 14.50/o servidoras domésticas, 5.30/o familiares no remunerados y 11.80/o trabajadores PEM. La tasa de desempleo abierto era de 33.90/o. Comparando estos datos con los nuestros (con muestra equivalente) observamos que la crisis actual extiende aún más el desempleo abierto (49,30/o) y los programas de empleo mínimo (28.20/o). Véase, Margarita Gili y Marta Illanes. *El Empleo Juvenil en una Comuna del Gran Santiago: un estudio de caso*. En UNICEF-CONICYT. Programa de Desarrollo Integral de Menores, Tomo X, 1976.

La crisis presenta también un signo contradictorio: significa una reducción drástica de las posiciones asalariadas de nivel alto (obreros y empleados) y un bloqueo en el acceso a empleos formales de cierta calificación, pero esta desasalarización se compensa con el ingreso masivo a los programas de empleo mínimo que transforman las relaciones privadas de trabajo en una relación asalariada con el Estado. La crisis paradójicamente reduce la heterogeneidad y atomización que caracterizaba el mundo del trabajo juvenil y ofrecerá una oportunidad inédita para socializar el descontento. Las rebeliones del POJH son una expresión de esto.

LA FRUSTRACION EDUCACIONAL

Estas modificaciones en la estructura del empleo contrastan también con los avances registrados en materia educativa. La promoción escolar obtenida por los jóvenes en las últimas décadas no se realiza en los mercados ocupacionales (escolarización ociosa). Tenemos simultáneamente crecimiento de los niveles de escolaridad formal (al menos ventajas intergeneracionales muy importantes) y degradación ocupacional. Todos los índices de movilidad colectiva que usualmente acompañan a la promoción escolar (asalarización del trabajo, caída de las ocupaciones manuales no calificadas, reducción del desempleo, etc.) no existen en este caso. Los logros educativos se convierten en frustración social. Además, las oportunidades de movilidad individual son, desde luego, limitadas para estos jóvenes que reciben todo el peso de la desigualdad social, profundizada en estos años por la presencia de crisis recesivas muy profundas (que aumentan la deserción escolar prematura) y la introducción de criterios de mercado, sobre todo, en los tramos superiores de la educación (que bloquea definitivamente el acceso de estos jóvenes a títulos técnicos o profesionales).

La crisis educativa puede ser definida, entonces, de este modo: por un lado, límites relativamente insubsanables en la búsqueda de movilidad educativa individual (integración por la vía del esfuerzo personal), y por otro, desequilibrios entre las ventajas educativas obtenidas y el deterioro global de sus posiciones en la estructura del empleo (bloqueos en la integración por movilidad colectiva).

CUADRO Nº 11
NIVELES DE ESCOLARIDAD DE PADRES E HIJOS
ENTREVISTADOS SEGUN SEXO

	PADRES		JOVENES	
	Padre	Madre	Hombres	Mujeres
0-6 Básico	66.1	72.4	19.0	10.3
7-8 Básico	11.8	11.9	29.3	25.8
1-3 Medio	8.6	7.7	35.9	33.5
4 Medio y más	7.6	4.4	15.8	29.9
No responden	5.9	3.6	—	0.5

Veremos, en primer lugar, que las diferencias educativas entre padres e hijos son notables. El promedio de años de estudios alcanza a 5.7 (padres) y 5.1 (madres), mientras los jóvenes presentan un promedio global de 8.9 años de estudio: más de tres años de diferencia.

La barrera educativa en la generación anterior estaba claramente en el ciclo básico de seis años: aproximadamente dos tercios de los padres no la cruzaba y una proporción mayor aún de las madres tiene sexto básico o menos. En la nueva generación esta barrera se ha desplazado incluso más allá del octavo básico: en efecto, un 53.7 por ciento de los jóvenes accede a la enseñanza secundaria y cerca de un 20% logra completar este nivel. La situación educativa de la nueva generación no mejora sólo formalmente por extensión del ciclo básico, sino también en términos sustantivos: son muchos los que consiguen acceder al nivel intermedio, e incluso completarlo. En otras palabras, la experiencia del liceo tradicionalmente reservada para la clase media se ha generalizado notablemente. Sin duda, la deserción escolar dentro del ciclo básico continúa siendo elevada, pero la segmentación educativa tradicional, que los confinaba definitivamente a cumplir solamente este ciclo, no se produce, y el acceso a los niveles intermedios se presenta más fluido de lo que comúnmente se cree.

Observaremos también que las mujeres jóvenes presentan ventajas educacionales significativas respecto de los hombres de su misma condición, éstos últimos empujados con mayor frecuencia a una deserción escolar prematura por razones de subsistencia familiar. Las mujeres abandonan menos el sistema escolar durante el ciclo básico y completan más frecuentemente la enseñanza secundaria que los hombres. En ambos casos, no obstante, la barrera de la educación postsecundaria es infranqueable: en esto intervienen tanto los altos costos de la educación superior (ya sea técnica, profesional o universitaria), como el carácter terminal de la educación secundaria (énfasis en la educación media con especialización técnica).

La movilización educacional de estos jóvenes tiene, pues, signos bastantes definidos: promoción escolar intergeneracional, tasas relativamente elevadas de deserción dentro del ciclo básico que afectan a los hombres obligados a apoyar el sustento familiar, acceso también significativo al ciclo medio que favorece a las mujeres y dificultades insalvables para acceder a la educación postsecundaria.

Esta movilidad educativa contrasta empero con el carácter de las aspiraciones educacionales.

El nivel de aspiraciones es extremadamente alto: se concentra en la obtención de títulos postsecundarios. Es cierto que estas aspiraciones están segmentadas de acuerdo al nivel educativo alcanzado: aquellos de menor escolaridad se inclinan por aprender un oficio o conseguir algún título técnico industrial (generalmente mecánicos). A medida que aumenta la escolaridad efectiva, las aspiraciones se localizan en los títulos técnicos, profesionales y universitarios.

El nivel de insatisfacción educacional, asimismo, es muy alto, aunque se presenta igualmente diferenciado según el nivel escolar: alcanza a 68.5% en los jóvenes con primaria incompleta y disminuye hasta 50% en aquellos que han logrado completar o sobrepasar la educación secundaria.

CUADRO No 12
TIPO DE ASPIRACIONES E INSATISFACCION EDUCACIONAL
SEGUN NIVEL DE ESCOLARIDAD

	NO TIENE	COMPLETAR MEDIA	APRENDER OFICIO	OBTENER GRADO MILITAR	OBTENER GRADO TEC.IND.	OBTENER GRADO TEC.PRO-FESIONAL	OBTENER GRADO UNIVERS	NIVEL DE INSATISF. ESCOLAR
0-6 Básica	4.5	15.9	18.1	8.0	29.5	8.1	15.9	68.5
7-8 Básica	4.6	11.2	13.2	6.6	23.0	19.0	22.4	64.2
1-3 Medio	1.5	8.2	7.2	3.6	21.5	31.8	26.2	62.2
4 Medio y +	5.0		3.3	—	8.3	30.9	52.5	50.0
TOTAL	3.6	8.5	9.7	4.3	20.3	24.3	29.3	61.2

Este nivel de aspiraciones y de insatisfacción educacional es un síntoma de la brecha que existe entre la escolaridad efectivamente alcanzada y las condiciones de exclusión ocupacional que prevalecen. Estos desajustes son claramente advertibles a través de datos INE (1980) que indica el nivel modal de escolaridad según categorías ocupacionales en la PEA joven: los obreros en el sector productivo tienen una marca modal de 10.4 años de estudio, los artesanos 8.9 años y los obreros en comercio y servicios una marca bimodal de 8.6 y 11.3 años de estudio. Paradojalmente, los empleos marginales en comercio y servicio y el PEM tienen una marca de 11.5 años, mientras los cesantes y aquellos que buscan su primer empleo de 11.6 años de estudio. La exclusión ocupacional afecta más intensamente todavía a los jóvenes con mayor escolaridad (y eventualmente con trayectorias laborales más cortas). Sólo el empleo doméstico concentra definitivamente jóvenes con baja escolaridad: su marca modal es sólo 5.9 años de estudio, lo que indica incorporación temprana en este tipo de ocupación, en ocasiones el origen rural de las empleadas domésticas y también el “horror a la servidumbre” que se despierta entre las jóvenes con mejor escolaridad que evitan generalizadamente el servicio doméstico.

La selectividad educativa prácticamente no opera en estos mercados, salvo en las ocupaciones no obreras del sector terciario —empleados de comercio y servicios— en que la marca modal sube a 12 años de estudio, vale decir, se establece en el nivel de la secundaria completa. La educación, en tanto permanece incompleta, no predice status ocupacional ninguna. El acceso a títulos técnicos o profesionales, sobre todo de nivel post-secundario, es condición indispensable para obtener integración ocupacional razonable. Este es probablemente el origen del elevado nivel de aspiraciones y de insatisfacción escolar que se registra. En efecto, el acceso a la secundaria completa entre éstos jóvenes es muy limitado, mientras las oportunidades de obtener títulos postsecundarios son inexistentes.

Las ventajas educacionales obtenidas en las últimas déca-

das se desvanecen completamente en los mercados ocupacionales. Este desajuste entre jóvenes promovidos escolarmente y a la vez excluidos del mundo laboral, es sin lugar a dudas una fuente de frustración y trastorno social. La capacidad de la educación, pues, de constituir conductas integradas se reduce mucho en estas condiciones.

CUADRO Nº 13
SITUACION LABORAL ACTUAL SEGUN NIVEL DE ESCOLARIDAD

	0-6 Básico	7-8 Básico	1-3 Medio	4 Medio y Más
Cesantes	29.2	39.6	34.3	37.5
PEM	4.5	1.9	2.5	7.5
Vend. y Trab. Marginales	10.1	6.9	7.0	5.8
POJH	29.2	25.8	24.4	15.8
Ayudantes	3.4	4.5	2.0	1.7
Empleadas domést.	3.4	1.9	3.5	4.2
Operarios en com. y serv.	5.6	3.8	11.9	5.8
Artesanos y Cta. propia	6.7	6.3	4.5	2.5
Obreros	3.4	6.3	3.5	4.2
Empleados	1.1	0.6	4.0	12.5
N/R	3.4	2.4	2.4	2.5

Desde luego, este desajuste entre educación y trabajo se generaliza en épocas de crisis (ver cuadro más arriba). Tómese en cuenta nada más que alrededor del 60 por ciento de los jóvenes, cualquiera sea su nivel de escolaridad, se encuentran desocupados o en los programas de empleo mínimo. La segmentación que se aprecia en estas categorías es básicamente sexual: los jóvenes con escolaridad completa (principalmente mujeres) caen con mayor frecuencia en la cesantía y en el PEM, mientras los jóvenes con menor instrucción, engrosan el POJH. Las ventajas educativas sólo son significativas en los empleos del sector terciario no marginal: aquellos con secundaria incompleta tienen mayor acceso a los empleos intermedios en comercio y servicios, mientras los que gozan de escolaridad completa acceden significativamente a la condición de empleados en dichos sectores. La proporción de jóvenes con escolaridad básica en estas categorías disminuye notoriamente. Las diferencias educativas también subsisten entre los vendedores ambulantes y ocupaciones marginales afines que recogen con mayor frecuencia a los jóvenes con instrucción precaria. No ocurre lo mismo, sin embargo, al interior de los

obreros (donde las diferencias escolares no discriminan en ningún sentido) y del empleo doméstico, donde incluso predominan las jóvenes con instrucción secundaria. En definitiva, la crisis hace prácticamente irrelevantes las diferencias en el nivel de instrucción, con las salvedades que hemos mencionado. Sin duda, en el marco de una crisis prolongada esta situación resulta enormemente conflictiva.

LOS PERFILES DE LA ANOMIA

Se puede concluir, a partir de lo que hemos dicho, que el deterioro ocupacional que registran los jóvenes es muy profundo: a) desde un punto de vista intergeneracional registramos mucha movilidad descendente que lleva el signo de la desproletarización y marginalización laboral; b) considerando la evolución que se produce dentro de esta misma cohorte de jóvenes encontramos que la crisis no hace sino extremar y profundizar estas tendencias.

Debe tenerse presente que, además de degradación existe desestructuración de las relaciones laborales. Prácticamente todo lo que se incluye dentro de los mercados informales del empleo tiene esta característica: ocupaciones esporádicas e inestables, mucha auto-ocupación o empleo en unidades pequeñas de producción, predominio de relaciones no asalariadas, falta de seguridad social, etc.. El mundo del trabajo está esencialmente atomizado: la densidad de las relaciones colectivas en estos mercados es muy débil. Todo esto impide la aparición de conflictos institucionalizados y la creación de un marco cultural de referencias comunes para enfrentar esta exclusión social. Como hemos dicho esta situación es la que empuja a la anomia: los procesos de degradación son al mismo tiempo de desintegración.

En lo que sigue mostraremos la distribución de la anomia según la posición ocupacional que poseen los jóvenes. Observaremos una secuencia invertida: a medida que se desciende en la escala ocupacional la intensidad anómica se hace más fuerte.

El punto de inflexión se encuentra claramente entre los jóvenes empleados, que presentan el más bajo coeficiente de agravación anómica (0.71) y el segundo más alto de preservación (1.38). Los jóvenes de mayor status ocupacional son los menos anómicos. Entre los obreros y artesanos encontramos también relaciones positivas, con coeficientes de preservación altos sobre todo entre los obreros industriales (1.29) y entre

CUADRO Nº 14

INTENSIDAD ANOMICA SEGUN CLASES DE OCUPACION(1)

	Coefficiente agravación	Coefficiente preservación
00 Cesantes	0.98	1.00
10 PEM	0.84	1.50
20 Vend. y trab. marginales	0.82	0.69
30 POJH	1.10	0.96
40 Ayudantes y aprendices	—	—
50 Empleadas domésticas	0.87	0.87
60 Operarios en com. y serv.	1.06	0.97
70 Artesanos y cuenta propia	1.04	1.12
80 Obreros	0.98	1.13
90 Empleados	0.71	1.38

- (1) Para describir la intensidad anómica usamos dos coeficientes: un coeficiente de agravación que establece la diferencia entre la proporción de casos que caen en las categorías muy alta y alta en la escala de anomia y el promedio general en esas categorías; y un coeficiente de preservación establece, por el contrario la diferencia entre los casos que caen en las categorías baja y muy baja con respecto al promedio general. Los coeficientes 1 indican que no hay diferencia alguna entre el factor que interviene y el promedio general; un coeficiente de agravación mayor que 1 indica que la proporción de anomia es más alta que el promedio general, es decir, que el factor que interviene produce agravación anómica; al revés un coeficiente de agravación menor que 1 indica que el factor interviniente reduce la intensidad anómica respecto del promedio. Los coeficientes de preservación se mueven en sentido inverso: los coeficientes mayores que 1 indican mayor proporción de casos con baja anomia respecto del promedio, es decir, que el factor interviniente reduce la intensidad anómica; los coeficientes menores que 1 indican lo contrario. Los coeficientes de agravación y preservación no son equivalentes porque se ha excluido el nivel medio de anomia. Si los coeficientes tienen el mismo signo positivo (ambos son mayores que 1) significa que las proporciones se han cargado hacia los extremos (que en el grupo existen simultáneamente casos de mucha y poca anomia); si los coeficientes tienen ambos signos negativos (son menores que 1) significa que los casos se han concentrado en el medio. Lo usual, sin embargo, será que los coeficientes se muevan en sentido inverso.

los artesanos calificados (1.32), superiores en ambos casos al promedio de cada categoría. Los trabajadores en comercio y servicios de mediana jerarquía se mantienen dentro del promedio general. Las empleadas domésticas, en cambio, se cargan hacia el medio: poseen un coeficiente de agravación y preservación inferiores al promedio. El POJH, por su parte, muestra el índice más alto de agravación anómica de toda la escala (1.10), pero son los vendedores ambulantes los que tienen el coeficiente de preservación más bajo (0.69). Extrañamente el PEM es la principal excepción de todo esto: presenta el índice más alto de preservación (1.50) y también un coeficiente de agravación bajo (0.84). A pesar de esto último, vemos que la anomia es relativamente sensible a la jerarquía de las posiciones ocupacionales.

Los empleos asalariados en el sector secundario y terciario arrojan en todos los casos índices favorables, ya sea objetivos o subjetivos. Esto es especialmente así en el caso del empleo obrero industrial que, arroja uno de los más altos coeficientes de duración e ingreso.

Como corolario, este tipo de empleo se presenta como un factor de reducción anómica. En efecto, el empleo obrero industrial es el principal modelo de integración ocupacional en este estrato. El bloqueo en las oportunidades de acceder a la industria, es finalmente uno de los orígenes fundamentales de las tensiones anómicas que atraviesan a la juventud popular.

Podemos mostrar, también, que la anomia se encuentra asociada con el nivel educativo alcanzado por los jóvenes.

Los coeficientes de agravación para los que tienen enseñanza primaria, completa e incompleta, alcanzan a 1.20 y 1.21 respectivamente: para los que acceden a la enseñanza secundaria sin terminarla el coeficiente se iguala a 1, pero descende abruptamente entre los jóvenes de mayor escolaridad cuyo coeficiente de agravación anómica es sólo 0.55, mientras el de preservación alcanza 1.49. Tenemos pues una relación clara entre disposición anómica y nivel educativo.

CUADRO Nº 15

INTENSIDAD ANOMICA SEGUN NIVEL DE ESCOLARIDAD

	0-6 Básico	7-8 Básico	1-3 Medio	4 Medio y más
C. Agravación	1.20	1.21	1.00	0.55
C. Preservación	0.66	0.77	1.01	1.49

Las disposiciones anómicas podrían congregarse también entre los jóvenes de mayor escolaridad, sometidos a la desvalorización de sus títulos por efecto de la crisis. Esto no ocurre generalizadamente al menos por dos razones: por un lado, los jóvenes con escolaridad completa tienen efectivamente mejores oportunidades de integración ocupacional, aún en condiciones económicamente depresivas; por otro, la escolaridad es un atributo permanente, por lo tanto, las expectativas de movilidad bloqueadas por la crisis pueden diferirse más fácilmente. La situación es distinta, en cambio, para los jóvenes que han desertado tempranamente del sistema escolar. En este caso, las posibilidades de integración por movilidad educativa aparecen definitivamente frustradas. El precario nivel educativo alcanzado impide cualquier certidumbre en un futuro mejor. Las ventajas educativas que se hayan alcanzado (especialmente respecto de los padres) se vuelven inútiles.

LA RECOMPOSICION DE LA FAMILIA EXTENSA

La crisis industrial no provoca solamente la desintegración del mundo laboral de los jóvenes, sino que repercute también sobre la organización de la familia obrera. En este campo, nuestras observaciones indican que se ha producido una reversión o estancamiento del proceso de nuclearización cuyos signos son la recomposición de las familias extensas y el aumento en la densidad de los hogares.

La desnuclearización de la familia popular está estrechamente asociada al proceso de desindustrialización (que impide contar con ocupaciones formales y estables que permitan la segregación de los hogares) así como con la reducción en la disponibilidad de viviendas que afecta a estos sectores.

El origen de este proceso se encuentra en la incapacidad de los jóvenes por constituir hogares independientes y la obligación de albergarse en casa de parientes (principalmente los padres o los suegros). Es sabido que esta situación es altamente conflictiva: no sólo provoca desajustes y tensiones al interior de las familias constituídas de este modo, sino que obstaculiza uno de los mecanismos claves de incorporación dentro de los padrones de la sociedad organizada: la constitución de la familia propia.

En el cuadro siguiente se expone el tamaño de los hogares según localización y se agrega un reglón que permite comparar nuestros resultados con la encuesta DESAL (1) realizada también en poblaciones marginales del Gran Santiago hace cerca de veinte años.

Resalta inmediatamente el elevado número de personas que albergan los hogares: cerca de la mitad tiene un tamaño que fluctúa entre 6 y 9 habitantes. El tamaño medio de los

(1) O. Mercado, P. de la Puente y F. Uribe. La Marginalidad Urbana: origen, proceso y modo. Resultados de una encuesta en poblaciones marginales del Gran Santiago. DESAL, Ed. Troquel, 1970.

**CUADRO N° 16
TAMAÑO DE LOS HOGARES SEGUN LOCALIZACION**

	1-2	3-5	6-9	10 y más	Prom.
San Gregorio	3.4	25.8	46.3	24.5	7.63
Lo Hermida	3.0	36.8	49.1	11.1	6.63
H. de la Victoria	1.9	44.8	47.5	5.8	5.90
TOTAL	2.6	37.0	47.5	12.9	6.60
DESAL	10.6	41.3	38.2	9.9	5.67

hogares alcanza a 6.6 personas aunque se registran diferencias notorias entre los distintos sectores que se deben a razones ecológicas (poblaciones consolidadas y campamentos de erradicación) que soportan desigualmente la agregación de familias en una misma vivienda.

También resalta la diferencia con respecto a DESAL que entregaba un promedio de 5.67 personas por hogar. Es cierto que ambas medidas no son fácilmente comparables. En primer lugar, DESAL tiene una muestra que incluye lo que denomina "áreas centrales de deterioro" en que figuran cités o pasajes, conventillos, casas y departamentos antiguos y casas subarrendadas por piezas en las áreas centrales de la ciudad, con un promedio de habitantes por hogar significativamente menor (4.33). De cualquier manera, nuestra muestra se aproxima a los estratos 2 y 3 de DESAL que incluyen poblaciones espontáneas y planificadas, donde los promedios suben 5.87 y 5.96 respectivamente, todavía por debajo de los nuestros. En segundo lugar, nuestra muestra, en la medida que encuesta exclusivamente a jóvenes, incluye hogares "maduros", vales decir, familias que están usualmente en la cúspide de su desarrollo reproductivo, que por lo tanto albergarían mayor número de miembros. Esta objeción es parcialmente válida pues también ocurre lo contrario: los hogares "maduros" suelen estar en la curva descendente, es decir, tienden a reducirse con la salida de los hijos mayores, salvo cuando los retienen por razones especiales como parece ser nuestro caso.

Existe además un tercer hecho que debe ser consignado: el descenso en las tasas de natalidad que afectan a la población urbana en los últimos veinte años. En efecto, el aumento del tamaño medio de los hogares en las poblaciones marginales podría explicarse únicamente, en estas condiciones, por la yuxtaposición de familias, suponiendo tasas de natalidad descendentes. Esto es lo que sugiere el Cuadro N° 17 que describe la estructura de las familias.

Las familias nucleares es decir, aquellas que albergan a los padres con o sin hijos solteros corresponden a los tipos 1 y 2 del cuadro anterior, que describen: a) al joven soltero que vive con sus padres y hermanos solteros (nuclear simple), y b) al joven casado que vive fuera de la casa de sus padres, con su esposa e hijos si los hubiera (nuclear joven casado). Los restantes casos corresponden a familias extensas, vale decir, aquellas que albergan algún otro pariente o no pariente no directamente vinculados con el jefe de hogar. Entre estas familias distinguimos: a) al joven soltero que vive con sus padres, hermanos solteros y algún otro pariente (e incluso no pariente) que no altera sustancialmente el carácter nuclear de la familia (generalmente un abuelo (a) o allegados ocasionales); b) al joven soltero, en casa de sus padres que comparte el hogar con algún otro matrimonio en la línea horizontal (generalmente tíos y primos del entrevistado). Incluye también al joven casado que conforma hogar con algún otro matrimonio diferente al de sus padres o suegros; c) al joven soltero que vive con sus padres y hermanos, alguno de los cuales incorpora hijos en la familia pero no cónyuge (indica hermanas (os) separados o solteros con hijos que son acogidos en el hogar paterno); d) al joven soltero que vive con sus padres y hermanos, alguno de los cuales incorpora cónyuge e hijos en el hogar paterno; e) al joven casado, con esposa e hijos si los hubiera incorporados en el hogar de sus padres o suegros; y f) por último, al joven casado, con esposa y eventualmente hijos, incorporados en casa de sus padres o suegros, allí donde hubiera algún otro hermano o cuñado en la misma situación.

Usando la definición precedente, observaremos que los

CUADRO N° 17

TIPO Y CARACTERÍSTICAS DE LOS HOGARES SEGUN POBLACION Y ESTADO CIVIL DE LOS JOVENES

	NUCLEAR SIMPLE	NUCLEAR JOVEN CASADO	EXTENSA C/OTRO PARENT.	EXTENSA C/OTRO MARI.	EXTENSA C/SOBRINOS	EXTENSA C/HERM. CASADOS	EXTENSA C/JOVEN CASADO	EXTENSA C/HER Y JOVEN CASADOS
San Gregorio	37.4	3.4	9.5	2.7	10.9	25.2	6.8	4.1
Lo Hermida	50.4	9.9	8.9	4.0	2.5	14.9	6.4	3.0
H. de la Victor	39.3	11.7	11.8	4.5	11.8	7.7	10.0	3.2
TOTAL	42.8	9.0	10.2	3.9	8.2	14.7	7.9	3.3
JOVENES								
Solteros	53.8	—	13.0	5.3	10.3	17.6	—	—
Casados	—	44.2	—	1.6	—	—	35.0	19.2
o/o HOGARES								
Incompletos	45.1	—	32.1	68.2	37.8	48.7	54.6	50.0
Numerosos (a)	30.4	—	39.6	77.3	55.6	82.1	59.1	88.9
Hacinados (b)	19.1	26.9	22.7	35.8	31.1	39.8	29.5	50.0

(a) los hogares numerosos son aquellos que albergan 7 ó más personas.

(b) los hogares hacinados son aquellos que admiten más de 3 personas por dormitorio.

hogares extensos representan el 48.20/o del total: cerca de la mitad de los hogares presenta vínculos familiares extendidos. Entre éstas familias extensas conviene distinguir, sin embargo, los hogares compuestos (aquellos que admiten la presencia de cónyuges distintos de los que encabezan el hogar) que representan el 29.80/o del total (que incluye tíos, hermanos y al propio joven con sus respectivos cónyuges en el hogar de sus padres o suegros), y los hogares con tres generaciones —que se utiliza también como medida de familia extensa— que representan el 34.10/o, considerando como tales los hogares que potencialmente contienen tercera descendencia (sobrinos o hijos del joven entrevistado o de su esposa).

Entre las familias extensas resalta, además aquellas que amplían las relaciones de parentesco en la línea vertical (padres, hijos, nietos): por una parte, las que albergan sobrinos (o nietos desde el punto de vista de los padres) sin presencia de cónyuge, lo que indica ya una alta descomposición de los matrimonios o la extensión que ha adquirido la procreación fuera del vínculo matrimonial (el fenómeno de las madres solteras); por otra, las que albergan hermanos o al propio joven casado (e incluso a ambos simultáneamente) en el hogar paterno, que revelan las enormes dificultades de los jóvenes por constituir hogares autónomos (1).

- (1) En la clasificación anterior hemos usado la definición de hogar como unidad doméstica, que considera al grupo familiar como aquel que comparte residencia e ingresos (que cohabitan y cocinan juntos). No obstante, en una misma unidad de residencia pueden convivir más de una unidad doméstica: es el fenómeno de los allegados netos, vale decir, de aquellos que comparten con otro hogar el mismo sitio (y en ocasiones parte de la vivienda), pero manejan sus asuntos por separado.

	Comparten residencia	No comparten residencia
Hogares nucleares	17.5	34.3
Hogares extensos	7.4	40.8

La yuxtaposición de hogares en una misma residencia es bastante común como se desprende del cuadro: el 24.90/o de los hogares comparte residencia con alguna otra unidad doméstica. Se trata preferentemente de hogares

Del cuadro se desprende también que existe una gran disparidad sectorial: los hogares con tres generaciones representan el 47 por ciento en San Gregorio y solamente el 27 por ciento en Lo Hermida. Los hogares compuestos, por su parte, son el 39 por ciento en San Gregorio y el 25 por ciento en Pudahuel. El tamaño de los hogares en San Gregorio —que entregaba un promedio muy alto cercano a las 8 personas por hogar— queda explicado por esta enorme importancia de las familias extensas.

Se admitirá que estas proporciones de familias no nucleares son muy altas. Gurrieri (1) concluía en su encuesta sobre jóvenes de la población Caro, realizada hace cerca de veinte años, que “las familias parecen responder al patrón de “nuclear completa” y tienen un considerable número de miembros, aumentado quizás ocasionalmente por algunos allegados”. Lamentablemente no entrega datos sobre esto. DESAL tampoco describe las familias que componen su estudio sobre la marginalidad urbana en el Gran Santiago.

A pesar de las dificultades de comparación, estas cifras dan un indicio acerca del virtual proceso de desnuclearización que afecta a las familias del estrato popular urbano. Tanto el tamaño medio de los hogares, como sobremanera la proporción de familias extensas resultan extremadamente altos. Esta tendencia es congruente tanto con las limitaciones en la

nucleares, y sobretodo, de jóvenes casados que constituyen hogar propio en casa de otros. El allegamiento puramente residencial se produce en estos casos fuera del hogar paterno: cuando, por el contrario, los jóvenes se establecen con sus padres o suegros comparten residencia y presupuesto al mismo tiempo. El cuadro también permite advertir que los hogares nucleares autónomos —que es la forma clásica de residencia urbana— sólo representan un tercio del total.

- (1) A. Gurrieri. Situación y perspectivas de la juventud en un población urbana popular. En Estudios sobre la Juventud Marginal Latinoamericana. A. Gurrieri y Otros, Ed. Siglo XXI, 1971.

disponibilidad de viviendas (1) como con la falta de ingresos suficientes para constituir hogares propios: factores ambos que corrientemente limitan el proceso de nuclearización.

El peso de la demostración recae sobre todo en las evidentes dificultades que tienen los jóvenes casados: el 54.20/o convive con sus padres o suegros. En estos casos prevalece un padrón de residencia patrilocal (el joven lleva a su esposa a casa de sus padres) y una forma de allegamiento donde se comparte residencia y presupuesto común con ellos. Otro 200/o de los jóvenes casados figura como allegado neto, es decir, se establece en forma independiente, pero cohabita con algún otro hogar en una misma unidad de residencia. Solamente el 24.20/o de los casados ha conseguido independencia completa: reside y consume en forma autónoma. Se puede advertir fácilmente que la desnuclearización de la familia popular proviene de estos jóvenes que forman hogar en casa de sus parientes.

Tal es también la conclusión del sociólogo C.Vives: “Los hijos mayores que se casan no logran tener la solvencia econó-

- (1) El déficit de viviendas se ha incrementado en el último decenio. En el cuadro se muestra el promedio anual de viviendas iniciadas en los períodos que se indican. El ritmo ascendente de construcción de viviendas se interrumpe en los últimos años y prima la edificación iniciada por el sector privado que produce de acuerdo a demandas de mercado.

PROMEDIO ANUAL DE VIVIENDAS INICIADAS:

	1953-1958	1959-1964	1965-1970	1971-1973	1974-1982
Número	12.084	30.465	39.859	52.132	29.879
o/o sector Público	49.2	58.2	55.3	75.0	19.5

La política de subsidios habitacionales implementadas por el gobierno militar desde 1978 para compensar las desigualdades de demandas de los sectores más pobres tuvo resultados desastrosos: los subsidios no fueron utilizados debido a que las exigencias de ahorro previo eran inalcanzables. Entre 1978-1980 la distribución de los beneficiados varió hasta concentrarse en los niveles de mayor renta mensual (en el tercer llamado nacional correspondiente a 1980 el 40.60/o de los beneficiados tenía rentas superiores a 32 U.F.).

El déficit de vivienda se habría incrementado en 300 mil unidades en este tiempo, alcanzándose un déficit total estimado de 850 mil viviendas en 1982. El acceso popular de la vivienda ha sido, pues, más limitado que nunca: este es el origen del problema de los allegados. A. Rodríguez: Por una Ciudad Democrática. Ed. SUR, 1984.

mica como para instalarse en un hogar y vivienda mínima independiente, o si lo tienen, su aporte al hogar de sus padres se ha hecho indispensable por lo tanto tampoco pueden abandonar la familia. De aquí surge hoy la familia extensa, el joven se casa y lleva a su esposa a vivir al hogar de sus padres, o él se traslada a vivir a casa de sus suegros dependiendo de las circunstancias de las familias nucleares de origen. La situación anterior —agrega Vives— está proliferando fuertemente en los sectores poblacionales chilenos, e incluso en varios hogares no es solamente un hijo el que constituye un nuevo núcleo familiar bajo el alero de la vivienda paterna, sino varios de ellos; así cada dormitorio pasa a ser sede de un núcleo familiar. Cuando la vivienda es demasiado pequeña se está arrebatando terreno al patio para levantar allí piezas adicionales” (1).

Es importante mencionar que la familia extensa se constituye, en estas condiciones, forzosamente. La demanda de los jóvenes por independencia familiar es muy alta: alcanza al 57.40/o de los jóvenes de 15—19 años y al 66.60/o de los de 20—24 años, y también es ligeramente mayor entre los hombres (64 por ciento) que entre las mujeres (60 por ciento). La aspiración por independencia generalmente se justifica por la situación de hacinamiento y conflictos familiares resultantes, aunque también intervienen motivos expresivos (valerse por sí mismo, demostrar responsabilidad, etc.). Al contrario, la dependencia con el hogar paterno se justifica por razones instrumentales, sobre todo en hogares incompletos (ayudar a la mantención de la madre cuando falta el padre) y por motivos afectivos en el caso de las mujeres. Esta aspiración por independencia es, desde luego, generalizada en el caso de los jóvenes casados.

(1) Cristián Vives. *Crisis en la Familia Popular y su Visión de Futuro*. Centro Belarmino. Depto de Investigaciones Sociológicas. Santiago, 1983 (Segunda Edición).

Los allegados según distintas estimaciones fluctuarían entre 135 y 200 mil familias en Santiago. A. Rodríguez estima que “la demanda reprimida por sitios representada por estas familias es del orden de unas 4 a 6 mil hectáreas. Las tomas de terreno, constituyen en las condiciones actuales, la única posibilidad de obtener sitio para los allegados”. A. Rodríguez, op. cit. p. 134.

Es obvio que los jóvenes resienten de los trastornos y desequilibrios que provoca la yuxtaposición de familias en viviendas precarias y condiciones de crisis económica así sea los casados sobre quienes repercute más gravemente la incapacidad de formar hogar propio, como los solteros que sufren los trastornos familiares que provienen de estas circunstancias.

Haremos todavía algunas consideraciones adicionales sobre este proceso de desnuclearización. En primer lugar, debe confirmarse que el tamaño de los hogares varía según el tipo de familia que se trate. Los hogares numerosos (7 o más personas) representan alrededor de un 300/o entre las familias nucleares simples, y desde luego, no existen en el caso de los jóvenes casados que poseen hogar independiente. En las familias extensas, en cambio, la proporción de hogares numerosos aumenta en todos los casos, alcanzando porcentajes muy altos cuando se yuxtaponen familias completas dentro del hogar: así, el 600/o de los hogares que albergan al joven casado en casa de sus padres o suegros caen dentro de la categoría de hogares numerosos, proporción que se eleva todavía más cuando se trata de parientes colaterales al jefe de hogar y hermanos casados, y sin duda, cuando conviven simultáneamente el joven y algunos de sus hermanos o cuñados, casados, dentro del hogar. En estos últimos casos, la proporción de hogares numerosos comprende más del 750/o del total. La influencia, por tanto, del tipo de familia en el tamaño de los hogares es decisiva.

De la misma manera, la tasa de hacinamiento entre las familias extensas es mayor que entre las familias nucleares. Conservando el criterio que ocupa el Mapa de la Extrema Pobreza que reconoce hacinamiento cuando cohabitan más de 3 personas por dormitorio obtenemos una cifra de 26.70/o de hogares hacinados en la muestra. Pues bien, en las familias nucleares simples esta proporción está bajo el promedio, marcando 19.10/o aunque se incrementa haciéndose equivalente al promedio, entre los jóvenes casados con hogar propio. Esto último indica que alrededor de un cuarto de los jóvenes

casados vive con su cónyuge y más de un hijo en un solo dormitorio. Entre las familias extensas la proporción de hogares hacinados tiende a elevarse, alcanzando más de un tercio de las familias que albergan hermanos u otros parientes casados y la mitad de los hogares donde se yuxtaponen dos matrimonios adicionales a la pareja base.

Por último es importante señalar que la familia extensa predomina levemente en los hogares incompletos, vale decir, en hogares donde falta el padre o la madre por viudez, divorcio, separación u otras causas. Esta relación había sido demostrada muy claramente por Lira con datos censales de 1970 (1). La familia extensa se constituye como una forma de compensar los desequilibrios que provoca la incompletitud de la familia (especialmente la falta del padre como fuente de ingresos). En nuestro estudio esta relación se confirma aunque de manera menos significativa: las familias que incluyen hijos casados en el hogar tienden efectivamente a ser incompletas en una proporción mayor que las familias nucleares. Sin embargo, la importancia de las familias incompletas sólo es significativa en aquellos hogares que albergan otro matrimonio diferente al de los hijos. Esto quiere decir que el mecanismo de la compensación actúa sobre todo en la línea horizontal, mientras la retención de hijos casados tiene menos que ver con la incompletitud del hogar paterno, que con la incapacidad de los jóvenes de conseguir efectivamente independencia.

Todas estas informaciones apuntan a señalar la situación de inestabilidad y degradación que impera en la familia extensa: mayor tamaño, más hacinamiento, hogares incompletos, todos factores que muestran que lo que hemos llamado desnuclearización de la familia popular constituye un proceso conflictivo.

Esta condiciones repercuten sobremanera sobre los jóvenes

- (1) Felipe Lira. *Características Socioeconómicas y estructura de las familias en la ciudad de Santiago*. Chile, 1970. En ILPES: "La Pobreza Crítica en América Latina". Ensayos sobre diagnóstico, explicación y políticas. ILPES, 1977.

nes casados. En nuestro estudio el estado matrimonial se presenta como un factor de tensión anómica: comparando el nivel de intensidad anómica con el estado civil, encontramos efectivamente, que el coeficiente de agravación para los casados resultó ser de 1.21, mientras el coeficiente de los solteros está bajo la unidad (que define el promedio) marcando sólo 0.95. (1)

Recordemos de paso que Durkheim encontraba algo similar en su estudio sobre el suicidio: "Los matrimonios más precoces ejercen una influencia agravante en el suicidio, sobre todo en lo que se refiere a los hombres". (2). Esta conclusión no dejaba de ser paradójica toda vez que la sociedad conyugal —y específicamente familiar— constituye un poderoso factor de integración social como se demuestra en las edades más avanzadas, donde las diferencias en la mortalidad por suicidio siempre benefician a los casados por sobre los solteros, separados y viudos.

En nuestro caso este resultado es menos sorprendente: los jóvenes casados cargan con mayores responsabilidades y experimentan más intensamente las dificultades del medio por cumplirlas. El estado matrimonial implica obligaciones que los solteros no tienen y cuya insatisfacción es fuente de tensiones también mayores. Muchos de los requisitos conven-

- (1) La intensidad de la anomia también es sensible a las siguientes variables: a) la calidad de la relación que se declara respecto de los padres: aquellos que reconocen una relación satisfactoria con los padres muestran coeficientes de preservación altos, 1.05 (madre) y 1.10 (padre); los que declaran relaciones insatisfactorias, en cambio están más expuestos a la anomia; tienen solamente coeficiente de preservación de 0.57 (madre) y 0.77 (padre); b) los jóvenes que reconocen problemas de alcoholismo en el hogar (9.3% en el total de la muestra) tienen un coeficiente de agravación de 1.30 y de preservación de 0.71, es decir, marcan una intensidad anómica extremadamente alta, y c) la orientación anómica también está vinculada con la incompletitud de la familia, especialmente, cuando los padres están separados: en este caso el coeficiente de agravación sube a 1.10 y el de preservación baja a 0.90; entre los jóvenes con padres casados, en cambio, los coeficientes son 0.93 y 1.04, y entre aquellos con padres viudos 1.07 y 1.03 respectivamente. En definitiva todas las variables que indican situaciones de desintegración familiar están positivamente conectadas con predisposiciones anómicas.
- (2) E. Durkheim. *El Suicidio*. op. cit. p.174.

cionales que configuran la estabilidad matrimonial (hijos, vivienda, empleo, etc.) no están presentes o lo están defectuosamente bajo la forma de natalidad incontrolada o embarazos prematuros (que suelen obligar al matrimonio por lo demás), situación habitacional precaria y ocupaciones inestables y mal remuneradas. También la privacidad, requisito indispensable para la constitución de la comunidad familiar, ha sido muchas veces arrebatada por las precarias condiciones de vivienda. El matrimonio no opera como factor de integración social en éstas condiciones sino, por el contrario, como un estado de perturbación y frustración que favorece la predisposición anómica.

La dificultad en constituir hogares estables tiene, por último, varios efectos de importancia, que se expresan en estos indicadores: por un lado, en la tasa de separaciones que registran los jóvenes: sobre 132 jóvenes casados que incluye la muestra, 12 ya se han separado, es decir, el 9.10/o de aquellos; por otro, en la importancia que adquiere la procreación fuera del matrimonio: en este caso, el 9.20/o de los solteros ha tenido hijos, al margen de toda convivencia estable con su pareja; por último, en el tamaño de la familia deseada: aquí, el 560/o de los jóvenes desea una familia pequeña (1 o 2 hijos) y sólo un 100/o se inclina por una familia numerosa (más de 4 hijos). La inestabilidad matrimonial, la procreación fuera de vínculos estables y la contención en los deseos de tener hijos son manifestaciones más que elocuentes de las dificultades de los jóvenes por acceder a la estabilidad familiar.

La desorganización de la familia popular, cuyo origen es el proceso de desnuclearización recién comentado, presenta pues contornos bien definidos: por una parte, incapacidad de los jóvenes casados de constituir un habitat propio (ya sea por penurias económicas o escasez de viviendas), y por otra, desarticulación del habitat paterno, por la vía del crecimiento del tamaño de los hogares y del hacinamiento y de los conflictos que resultan de estas condiciones.

LA ATOMIZACION SOCIAL

La crisis del proceso de industrialización que hemos mencionado (desintegración de los mercados laborales, escolarización ociosa, desnuclearización de las familias) tiene como resultado natural la atomización de la vida social, y específicamente la escasa capacidad de los jóvenes de producir conductas organizadas.

CUADRO N° 18

NIVEL DE ORGANIZACION SOCIAL ENTRE LOS JOVENES

Jóvenes	No Organizados	Baja Organización	Organización media	Alta Organización
San Gregorio	45.6	36.1	8.8	9.5
Lo Hermida	38.6	38.1	16.4	6.9
Herm. de la Vict.	44.8	25.8	12.7	16.7
Hombres	29.2	44.5	14.8	11.5
Mujeres	67.2	11.8	9.8	11.2
15 - 19	43.4	31.1	14.6	10.9
20 - 24	42.5	33.9	12.0	11.6
Casados	51.1	34.1	9.1	5.7
Solteros	40.1	31.9	15.0	13.0
Primaria incompleta	47.7	36.0	9.3	7.0
Primaria Completa	42.1	34.9	16.4	6.6
Media Incompleta	42.1	35.3	10.5	12.1
Media Completa	40.7	23.0	16.8	19.5

Observaremos que alrededor del 40 por ciento no registra participación alguna, proporción que se eleva entre las mujeres (67.20/o), los casados (51.10/o) y los jóvenes de menor escolaridad (47.70/o). La participación masculina se congrega, por su parte, en los clubes deportivos (clasificados en bajo nivel de organización) que alcanza el 450/o de los hombres. Alrededor del 700/o de los jóvenes carece, pues, de organización como no sea la participación deportiva (fútbol los fines de semana), que ha sido explícitamente estimulada por el gobierno como una forma de destino no desviado del tiempo libre. La recreación deportiva constituye, sin embargo, un débil mecanismo de integración y socialización colec-

tiva; no deja de ser un entretención ocasional, aunque opera como un recurso generalizado de evasión.

La participación en organizaciones vecinales (centros de madres y juntas de vecinos) es prácticamente inexistente (apenas un 0,50/o) como ha sido habitual entre los jóvenes. Es sabido, además, que estos organismos están rígidamente controlados por el gobierno y son la expresión institucionalizada de su poder en las poblaciones.

Los jóvenes tendrán particular resentimiento y sospechas de este tipo de organizaciones constituídas verticalmente bajo el amparo estatal, que no permite la participación democrática ni expresan las demandas reales de los pobladores.

En el nivel medio de organización hemos agrupado los centros juveniles, centros culturales y sindicatos. La participación sindical es también nula (1,10/o de los jóvenes), concentrada en los precarios y fugaces sindicatos POJH que se formaron en el último tiempo y que han sido rápidamente reprimidos. Esta tasa de sindicalización es un indicador elocuente de los efectos atomizadores que ha provocado la desindustrialización y marginalización laboral.

También la participación organizada en la lucha por la vivienda (problema prioritariamente juvenil según hemos visto) es reducida: tales organizaciones (comités sin casa, comités de vivienda) suelen improvisarse frente a eventuales tomas de terreno, y adquieren estabilidad sólo cuando se logra excepcionalmente constituir "campamentos" (como sucedió en la zona Sur de Santiago con las tomas de La Granja). La represión ejercida contra tales acciones, sin embargo, impide la generalización de organizaciones de esta naturaleza.

La participación en centros culturales alcanza, por su parte, al 3,3 por ciento de los jóvenes y en centros juveniles al 7,5 por ciento. Estos centros agrupan principalmente hombres y solteros, casi siempre están vinculados a las parroquias y representan algo más que espacios de recreación: son gru-

pos que desarrollan actividades culturales, de sociabilidad y algunas veces de solidaridad vecinal. Los centros culturales tienen importancia adicional: son la base del movimiento de recuperación del folklor que se esparce en los medios poblacionales, como una forma de resistencia frente a la agresión cultural del modernismo (cuya expresión artística es el rock ligero). Todos estos grupos suelen ser, empero, muy abiertos heterogéneos e inestables.

En el nivel de alta organización hemos agrupado a los jóvenes que participan en comunidades cristianas de base, entre los cuales predominan los solteros y aquellos que tienen mejor escolaridad.

Observaremos que alrededor del 10 por ciento de los jóvenes participa en las comunidades (proporción que se eleva en Pudahuel debido a la vitalidad de la Iglesia en la zona), lo que constituye un nivel de participación religiosa inédito, tanto si se lo compara con jóvenes de mayor nivel socioeconómico, como con épocas anteriores. La extensión de las comunidades aparece, en estas condiciones, como el sustituto de la participación política (cuya intensidad sólo mejora a partir de las movilizaciones de 1983) y de la organización corporativa. Las comunidades serán, en efecto, el refugio frente a la disgregación social y la exclusión política.

Todas las informaciones que hemos presentado en materia de empleo, educación, familia y organización tienen un denominador común: señalan procesos, ciertamente agudos de desintegración social, vale decir, de ruptura generalizada de los vínculos no contractuales, ya sea institucionales o comunitarios. Así ocurre con el deterioro de las relaciones familiares, y sobremanera con la incapacidad de constituir familias propias, con los bloqueos en la sindicalización y en la participación política y con la ineficacia integrativa de la educación, sobre todo entre aquellos que desertan prematuramente de la escuela. El mercado ha penetrado en la vida social y deja inermes a los jóvenes.

CAPITULO 3 REFUGIO Y REBELION

En la sección anterior estudiamos las determinantes sociales que inciden en las predisposiciones anómicas de los jóvenes: las condiciones de exclusión y desestructuración social que se han impuesto sobre la nueva generación. En este Capítulo nos interesa determinar los efectos que estas condiciones producen sobre la acción de los jóvenes.

ANOMIA MERCANTIL Y ESTADO AUTORITARIO

La generalización de relaciones de mercado, hemos dicho, provoca atomización y desintegración colectiva: la única clase de participación tolerada es aquella que se realiza individualmente en el mercado. Los medios institucionalizados de participación desaparecen (sindicatos, sufragio, seguridad social) o son simplemente recursos de movilidad individual (educación, consumo de masas, etc.), mientras los vínculos fundados en relaciones primarias se resienten (la familia, e incluso la vecindad).

Además, esta implantación de relaciones de mercado se hace en el marco de una exclusión política que elimina los derechos de ciudadanía y las múltiples formas de acceso a la representación y comunicación públicas. El Estado no provee tampoco mecanismos de integración y se presenta únicamente como portador de relaciones de fuerza y de exclusión.

El concepto de anomia indica por sí mismo la escasa densidad normativa en que viven determinados grupos sociales. Anomia significa etimológicamente “ausencia de normas”. Aunque parezca extraño éste es justamente nuestro caso: el imperio de las relaciones de mercado produce una situación de vacancia normativa, el síndrome de la ley de la selva. Aparte de los efectos disciplinarios de la escuela —y en parte de los sistemas de comunicación públicos— el mundo de los jóvenes se caracteriza por relaciones privadas y poco duraderas en los mercados de trabajo, por la huida del entorno familiar, el ocio forzado, la vagancia y la recreación. Todos espacios normativamente poco estructurados: el mundo de las calles. El autoritarismo ha producido aquí su contrario: ya no disciplinamiento social sino dispersión. En efecto, los jóvenes están fuera de las jerarquías y de los mecanismos institucionalizados de control social.

El mundo de los jóvenes es, por contrapartida, un mundo fuertemente penalizado. La penalidad se aplica por vagancia, por drogadicción y alcoholismo, por prostitución, por

delitos comunes, por ofensas a la moral, por alteraciones del orden público, por comercio ambulante, etc., todas situaciones en que abundan la juventud popular. En el caso de aquellos que están organizados se aplica el rigor de la represión política, cuya presencia e intensidad no necesitamos demostrar. El Estado se hace presente bajo la manera del castigo: como policía. Carece de los recursos para producir obediencia a través de normas legitimadas y para provocar, correspondientemente, lealtades sociales entre los jóvenes. El Estado es pura negatividad; un mundo de policías, jueces y gendarmes que actúan por medio de la amenaza y el castigo, conteniendo las posibilidades de desviación y rebelión que se encuentran latentes.

Es útil recordar que la coacción no se aplica sólo para reprimir delitos manifiestos, sino ante todo preventivamente: las redadas policiales contra jóvenes de poblaciones marginales constituyen el método represivo por excelencia.

Este carácter policíaco del Estado se ha intensificado, como es obvio, con las movilizaciones populares del último tiempo: aquí abunda la represión indiscriminada, también de carácter preventivo (allanamientos masivos de hogares) y directas (represión contra los manifestantes) y enorme dosis de violencia. La relación de los jóvenes con el Estado y la sociedad es, pues, totalmente externa. El conformismo se asegura por el ejercicio de la coacción; lo que se impone a los jóvenes es la pena, no la norma.

Tanto la desestructuración mercantil como la penalización estatal es una muestra del divorcio que existe entre los jóvenes y las instituciones sociales. Este divorcio se expresará en dos planos: a) en el nivel de las relaciones sociales donde tenemos exclusión (los jóvenes están usualmente fuera de las instituciones sociales) y su contracara, atomización (los jóvenes participan dentro de espacios normativamente poco estructurados y de escasa solidaridad y comunicación colectiva), y b) en el nivel de las orientaciones culturales donde tenemos extrañamiento (escasa identificación con las metas

culturales del Estado y la sociedad), y como contrapartida, desintegración cultural (escasa capacidad de comunicación y creación cultural propia).

Los factores exclusión y extrañamiento apuntan a destacar la distancia que prevalece respecto de las instituciones del orden social, mientras los factores atomización y desintegración indican el estado de dispersión y falta de horizonte que existe entre los jóvenes. Estos últimos términos nos permiten además explicar la escasa producción de conductas organizadas que se aprecia entre esta juventud, aunque como veremos más adelante existen importantes excepciones.

Hemos clasificado cuatro tipos de acción que resultan de este estado de marginalidad y segregación juvenil.

a) Las conductas de retraimiento o comúnmente llamadas de evasión que expresan el extrañamiento individual frente a la sociedad. Su manifestación más extendida es el uso de drogas, pero abarca todas las reformas de búsqueda inmediata de placer anómico (música, consumo, recreación, sexualidad). Esta clase de retraimiento no alcanza a reconstruir un sentido de comunidad (vencer la atomización) ni tampoco logra producir identidad y significados grupales muy elaborados. Las drogas son el mejor ejemplo de lo que queremos decir: es el escape y huida de la sociedad a través de la felicidad que provoca el instante, que reduce aunque pasajeramente las tensiones y penurias del mundo real y reconcilia al joven consigo mismo.

b) La segunda clase de conducta es el retraimiento organizado: el refugio que se consigue a través de la recuperación de la comunidad y la recomposición de una cultura propia. La forma predominante del refugio son las llamadas comunidades cristianas (o eclesiales) de base (CEB), que estudiaremos a continuación:

Las conductas de refugio se distinguen del retraimiento individual porque son capaces de establecer un sentido de

pertenencia e identidad. Sin embargo, todo esto se realiza también fuera de los marcos normativos de la sociedad: la comunidad reemplaza la participación institucionalizada e incluso se opone a ella, mientras a través del sentido religioso, se elaborará una orientación cultural opuesta a los valores y metas dominantes. En definitiva, la comunidad, constituirá una forma de reacción frente a la exclusión y desintegración social que predomina.

c) Una tercera clase de conducta es lo que hemos llamado rebelión anómica: el asalto de los jóvenes contra el orden social constituido. La rebelión asumirá dos características que definen su carácter anómico: inorganicidad (revuelta de los grupos desestructurados de la sociedad) y agresividad (ausencia de principios positivos y de un horizonte de acción). La rebelión es originalmente tumultuosa, negativa y destructiva: expresión de las condiciones en que viven los jóvenes y que no necesitamos volver a describir aquí. Su manifestación concreta será la revuelta callejera que indica el desplazamiento hacia escenarios no institucionales (las calles, el lugar donde habitan los jóvenes), el carácter también no institucional de los procedimientos de lucha (ocupación espacial, barricadas, enfrentamientos con la policía), pero sobremanera la inexistencia de demandas y aspiraciones positivas.

d) Finalmente, un cuarto tipo de acción es la movilización política que se distingue de la rebelión en la medida en que tiende hacia una mayor estructuración (organización y reconocimiento de liderazgos) e intenta definir positivamente su acción. La orientación de la movilización política de los jóvenes es, sin duda, el radicalismo, es decir, el enfrentamiento global contra el Estado y la sociedad.

No obstante esta movilización ya no es puramente agresividad: no sólo buscará organizar las conductas políticas, sino que elabora y funda un principio de identidad colectiva: El allendismo.

ORIENTACIONES DE ACCION ENTRE JOVENES DEL ESTRATO POPULAR

Jóvenes no organizados	Estabilidad Económica	Crisis Económica
	Retraimiento (Drogas)	Rebelión (Revuelta)
Jóvenes organizados	Refugio (Comunidades cristianas)	Movilización (Radicalismo)

La reseña de estos cuatro tipos de conducta nos permiten construir un modelo de acciones no institucionalizadas como se expone más arriba. En una dimensión horizontal observaremos que las conductas de retraimiento y rebelión corresponden a jóvenes no organizados, a la vez, que indica la línea de mayor intensidad anómica.

Las conductas de refugio y movilización, en cambio, congregan a los jóvenes organizados y señalan la línea de reducción anómica. En una dimensión vertical notaremos, a su vez, que las conductas de retraimiento y refugio prevalecen en período de estabilidad económica, mientras las de rebelión y movilización son propias de períodos de crisis. En el primer caso, predominan las múltiples formas de reacción y defensa frente a las condiciones de marginalidad; en el segundo se abren posibilidades para un enfrentamiento social generalizado.

LAS DROGAS: UN CASO DE RETRAIMIENTO ANOMICO

La generalización en el uso de drogas constituye uno de los modos principales del retraimiento anómico según hemos dicho más atrás. Lamentablemente nuestra encuesta no ofrece ninguna información sobre este tema. Tampoco existe evidencia numérica acerca de su magnitud y composición salvo los trabajos de Florenzano sobre el alcoholismo y drogadicción entre escolares. La restante información proviene de estudios de caso, y en particular, estudios clínicos como los que ha dirigido el Dr. R. Lailhacar (1) entre inhaladores de solventes volátiles.

Las observaciones de Lailhacar son, sin embargo, extraordinariamente pertinentes para nuestro estudio. Lailhacar concluye que las modalidades en el uso de drogas se habrían alterado profunda e imperceptiblemente en los últimos años. "Hemos observado --dice-- un notable cambio de orientación tanto en la forma o modo cómo se abusa del fármaco como en el fondo mismo de la experiencia (lo que se desea obtener)". En primer lugar, se trata de la masificación en el uso de drogas y sobre todo su extensión hacia los jóvenes de estratos bajos. La droga se ha cotidianizado y deja de existir propiamente una subcultura de los drogadictos, sometida a intensa segregación pero al mismo tiempo portadora de una crítica cultural a la sociedad. La droga sería cada vez más una experiencia ideológicamente ascética, menos cargada de rituales y símbolos propios (vestimenta, lenguaje, etc.) e incluso menos colectiva. ¿Cuál es pues el sentido del uso de las drogas? "Su característica --prosigue Lailhacar-- sería el goce o el placer mismo que trae su consumo y también el efecto ansiolítico que producen estos fármacos naturales o de síntesis... La droga empleada antes como camino para revelar la verdad ejemplarizada por los gnosticofrénicos que debimos entrevistar y presentar en múltiples reuniones clínicas, ya no se dá, y desde 1973 casi no vemos tal cuadro clínico... Actualmente el fondo de la experiencia se ha vaciado en forma

(1) R. Lailhacar y Otros. *Juventud, Drogas y Neoprén*. Leo, 1982.

notable: ahora no importa lo interior, la experiencia se vuelca hacia lo externo puro, hacia el actuar y sentir de la vida cotidiana, el disfrute sólo del momento”.

En estas conclusiones se subraya la escasa densidad cultural de la experiencia con drogas: placer y efectos ansiolíticos. “Frente a la angustia intensa que invade al joven, la marihuana (aparece) como fármaco natural que seda y saca de lo real, duro y deshumanizado. Saca a un mundo primitivo y puro, calmo, sin la temporalidad apremiante... El salirse del mundo real, el estar fuera de la temporalidad, sin angustias, es lo central de la experiencia con marihuana”. Las drogas actuarían entonces como evasivo: huida del mundo y refugio en el inmediatez.

Una hipótesis algo distinta acerca del carácter que asume el uso de drogas ha sido insinuada recientemente por Agurto y De la Maza (1). Estos autores destacan el carácter grupal, el desarrollo de ciertos valores propios (solidaridad, aprecio por la naturaleza, sentimientos pacifistas, búsqueda de comunicación y relaciones afectivas, desprecio por el dinero y bienes materiales) y un cierto sentimiento de identidad generacional que manifiestan los grupos “volados” de las poblaciones periféricas. La droga aparecería todavía como subcultura, diferente del mundo adulto y segregada por los jóvenes organizados. Sería el predominio de la modalidad hippie en el uso de drogas. Sin embargo, no existe evidencia de que tales sentimientos (que ciertamente prevalecen entre los llamados volados “blandos”) se logren efectuar y manifestar socialmente. La drogadicción sigue siendo una reacción atomizada y principalmente evasiva, aunque nebulosamente portadora de una crítica a la sociedad. Se encuentra latente en ella, en efecto, los deseos de comunicación, de afectivización y de solidaridad que le han sido arrebatado a estos jóvenes. La experiencia con drogas no es tan vacía como supone Lailhacar, pero quizás mucho más evasiva, inmediatezista y dispersa que la que presuponen estos últimos autores.

(1) Irene Agurto y Gonzalo de la Maza. *La Juventud Popular: elementos para comprenderla*. Serie Movimiento Popular Nº 6. ECO (Mimeo), 1984.

Totalmente diferente son las experiencias que se han registrado con inhaladores de solventes orgánicos (comúnmente llamados neoprénicos porque usan pegamentos tipo Neoprén, Agorex y otros altamente tóxicos), y en general con aquellos que usan indiscriminadamente fármacos y alcohol. Se ha descubierto que “las vivencias obtenidas por el benceno son de contenido terrorífico” que los jóvenes manifiestan una clara conducta agresiva (llamada pseudoagresividad porque se presenta ante todo como un intento de comunicación) y ninguna disposición hacia actividades regladas que exijan proyección, método y perseverancia. “Las necesidades sólo se plantean presentificadas y se satisfacen en la instantaneidad”. En general estos inhaladores son adolescentes (e incluso niños), tienen bajos niveles de instrucción y provienen de hogares con mucha descomposición. Son los jóvenes anómicos por excelencia. Nos interesa subrayar, en términos amplios, la relación que se observa comúnmente entre drogas, alcoholismo y agresividad. La modalidad “punk” en el uso de fármacos (los volados “duros”) que abundan en las poblaciones: las pandillas de las esquinas que atormentan a los transeúntes, que usualmente cometen delitos (aunque no sean delincuentes profesionales) y que gustan de los “flippers” y del rock pesado. Es el modelo ya clásico de la “sociedad de las esquinas” (corner society) donde se encuentran los rasgos típicos de la sociedad informal de pandillas (basada en el liderazgo de los fuertes, en códigos de comunicación propios, etc.).

Las drogas constituyen, pues, una experiencia diversa y compleja. Aún debe esperarse una investigación sociológica sobre este tema, a la sazón, confinada en los estudios clínicos y penales. Según parece, las drogas estarían vinculadas, por un lado, a la búsqueda anómica de placer y la huida del mundo. Las drogas son efectivamente un evasivo y tranquilizante frente a las penurias de la vida, pero expresan también un malestar cultural frente a las perversidades de la sociedad urbano-moderna. Por otro lado, las drogas se entremezclan con disposiciones a la agresividad. (auto) destructividad y delincuencia. En el primer caso, la acción tiende hacia la modalidad de refugio o de recuperación de un sentido de comuni-

dad y un rechazo cultural a la modernidad establecida. En el segundo, la acción desemboca claramente en la rebelión anómica, muchos de cuyos signos básicos están contenidos en estos grupos. La droga, sin embargo, no alcanza a restituir identidades culturales ni se encarnará en movimientos colectivos: es una forma inorgánica y fragmentaria de retraimiento anómico.

LAS COMUNIDADES CRISTIANAS DE BASE: EL REFUGIO

El movimiento de las comunidades cristianas se expande vertiginosamente durante estos últimos años, en parte como sucedáneo de la participación política, pero también como expresión de una reinserción no tradicional del catolicismo en el medio popular. Desde luego, el tema es complejo y muchas de sus dimensiones se nos escapan en este análisis. Nos interesa subrayar, sin embargo, que la formación y rápida expansión de este movimiento está vinculada con la situación de desamparo y exclusión social que afecta a la población popular: constituye una forma de reacción organizada frente a la situación anómica que prevalece.

Desde un punto de vista sociológico esta reacción tiene dos características centrales: a) la recuperación de la comunidad como defensa frente a la desintegración social que provoca el modelo de desarrollo, a la vez que como crítica del Estado y de las instituciones sociales; y b) la recuperación de lo popular como intento de construir una cultura e identidad propia que al mismo tiempo se presenta como crítica de la modernidad y del desarrollo. Comunitarismo y populismo son los ejes de constitución de las comunidades eclesiales de base: en un caso defensa frente a la desintegración social, en otro resistencia frente a la crisis de identidad cultural.

Recientemente F. López (1) ha arribado a conclusiones de interés en su estudio sobre formas concretas de representación en grupos cristianos del sector urbano marginal: "Cuando en el desarrollo de los encuentros se analizó el problema del sector y de la vida nacional, así como la realidad familiar, el carácter no gratificante, y más aún amenazante de la realidad quedó sumamente claro... pero lo que interesa subrayar es no solamente la amenaza objetiva sino la percepción subje-

(1) F. López, Evangelizar la cultura. Las formas concretas de representación de la realidad en grupos cristianos del sector urbano-marginal. (Santiago). Doc. de Trabajo N° 3, Serie Estudios Socio-Culturales, Vicaría Pastoral Obrera. 1983.

tiva, otra parte de los actores, de su mundo como un mundo amenazante". López encuentra tres maneras de enfrentar esta amenaza: "la forma religiosa, ampliamente mayoritaria entre los grupos participantes, expresa una solución posible. Esta consiste en asumir la vida, el hecho de vivir como se vive, proyectando el mundo deseado en la pequeña comunidad o grupo religioso ("la capilla", "las comunidades", "el grupo de catequesis)"). También se refiere a la forma "promocional" que prevalece entre los adultos, "donde se acepta el desafío del mundo—amenaza y se busca dominarlo, por lo menos en los hijos, a través del dominio técnico: instrucción y profesión" y, la forma "sociopolítica" donde el individuo se percibe "como parte de una totalidad más amplia: la "clase obrera", el "pueblo", los "oprimidos"; la vida se descubre como tarea colectiva y como tarea transformadoras de las condiciones económicas, sociales y políticas en que se vive".

La expansión de la forma religiosa de reducción anómica se debe probablemente a que la comunidad es más eficaz que la promoción individual, sujeta a los límites que hemos descrito, y que asociaciones colectivas como "la clase obrera" reducida en el mejor de los casos a una referencia puramente ideológica en las condiciones actuales en que se debaten los jóvenes. La comunidad religiosa, en cambio, abre una posibilidad efectiva de integración social.

La comunidad actúa exactamente en el sentido de la comunidad pentecostal descrita por Lalive (1) hace algunos años; reduce el desarraigo social a través de la recuperación del grupo primario, constituido en torno a una red de relaciones afectivas y valores compartidos. En efecto, el estudio de Lalive sobre el pentecostalismo chileno como un caso de retraimiento anómico es muy apropiado para nuestro análisis (1).

(1) C. Lalive: *El Refugio de las Masas. Estudio Sociológico del Pentecostalismo Chileno*. Ed. del Pacífico, 1968.

Según este autor "el pentecostalismo se presenta como una respuesta religiosa comunitaria al abandono de grandes capas de la población, abandono provocado por el carácter anómico de una sociedad en transición". En efecto, Lalive descubre que la expansión pentecostal es simultánea al período de migraciones internas (alrededor de la década del treinta) que coincide a la vez con la declinación de la sociedad rural y los inicios de la industrialización. Este típico fenómeno de transición provoca desarraigo entre las masas populares. Pues bien, Lalive también descubre que el pentecostalismo penetra justamente en las categorías marginales de la sociedad movilizadas, en las periferias urbanas y en las zonas rurales de frontera donde la estructura de la hacienda se deteriora más intensamente. En términos generales, mientras el socialismo crece como ideología obrera, el pentecostalismo se desarrolla entre las masas marginales desarraigadas (quienes se refugian dentro de un orden de valores tradicionales y se extrañan culturalmente de la sociedad urbana).

En efecto, la hipótesis de Lalive es que el pentecostalismo reproduce el modelo cultural de la hacienda (definido en términos de Medina Echavarría según la compleja figura benefactora y autoritaria del patrón). La "nostalgia del padre perdido" que produce el desarraigo es resuelta por el pentecostalismo "al ofrecer la certidumbre de la salvación, la seguridad de la comunidad y cierta forma de dignidad humana". El pentecostalismo opera pues como el refugio de las masas desarraigadas proveyendo una reconversión del modelo tradicional de la hacienda en el modelo de la comunidad pentecostal.

No es difícil advertir que se trata de una típica conducta de retraimiento: la modernidad en cuanto tiene de secularización es drásticamente rechazada a través de las orientaciones clásicas de la secta religiosa: el rechazo al mundo exterior, esto es, a la sociedad urbana, industrial y de masas. Lalive comprueba que el pentecostalismo es su etapa predeterminada se caracteriza por su rechazo al dinero y al lucro (al revés de la tesis weberiana sobre la correspondencia entre la

ética protestante y el espíritu capitalista): por bajos índices de promoción social y movilidad intergeneracional, y por resistencia igualmente significativas a la participación social (rechazo a la sindicalización) y política (abstención electoral).

La defensa comunitaria frente a situaciones de desintegración social y crisis de identidad cultural se reproduce entre las comunidades eclesiales de base, aunque desde luego, los modelos culturales que asume son bien diferentes. Para los fines de este trabajo, es importante relevar esta capacidad de reducción anómica (de refugio en el sentido de Lalive) que poseen estas comunidades. Esto se desprende claramente del cuadro que presentamos más abajo los jóvenes comprometidos en esta clase de organizaciones muestran las disposiciones anómicas más bajas que pudieran encontrarse.

CUADRO Nº 20
INTENSIDAD ANOMICA SEGUN NIVEL
DE ORGANIZACION

	Coficiente Agrav.	Coficiente Preserv.
No Organizados	1.06	1.00
Baja organización	0.97	0.92
Organización Media	1.14	0.76
Alta Organización	0.65	1.44

El comunitarismo es también una respuesta frente al extrañamiento del orden social y conlleva una crítica al conjunto de las estructuras de poder y jerarquías sociales. Este elemento está presente en las comunidades eclesiales de base. No obstante, la indiferencia pentecostal frente al mundo de las instituciones (fundada en una teología salvacionista que proclama la fragilidad intrínseca de las instituciones humanas) se convierte aquí en resistencia activa.

La sospecha contra las instituciones alcanza, sin duda alguna, al Estado autoritario (lo que ha convertido a este

movimiento en uno de los focos principales de oposición al régimen militar), pero se extiende también tanto a la matriz leninista de los partidos políticos de izquierda (condenados por su pretensión de erigirse en vanguardia del pueblo), e incluso, a ciertas formas de intermediación y representación política democráticas (parlamentarismo, electoralismo, etc.). El refugio en la comunidad es, ante todo, la contraparte de la exclusión política que provoca el modelo autoritario, pero también expresa la ruptura de las lealtades políticas preexistentes, cuyo origen debe encontrarse en la crisis de representación de los partidos tradicionales. La interrupción de la vida pública por más de una década hace aparecer otra vez el fenómeno de la vacancia política característica de las masas migrantes, pero que en este caso afecta primordialmente a las nuevas generaciones quienes carecen de trayectoria y lealtades previas. El recelo comunitario se extiende por lo tanto contra toda clase de institucionalización y representación formal (o "desde arriba") de intereses sociales: es militantemente antiautoritario, pero muy a menudo también, antiestatista.

La crítica de las jerarquías abarca además a la propia Iglesia también con matices diferentes. Las comunidades son un movimiento definitivamente intraeclesial: poseen una identidad religiosa que los distingue del mundo exterior. Estamos lejos de los procedimientos sectarios del pentecostalismo (que se definen por oposición al mundo externo), pero también de las tendencias hacia la absorción y secularización que sufrió el cristianismo popular de los sesenta. Ambas cosas siguen existiendo dentro de este movimiento: tanto la visión sectaria que se refugia en los valores religiosos para escapar de los vicios de la condición popular, como la tendencia a fundir el compromiso religioso en las tareas sociopolíticas. Pero las comunidades tienden a situarse entre los dos extremos: tienen, como el pentecostalismo, una base territorial y local; reconocen, con distinta intensidad, la autoridad y liderazgo de los párrocos, pero carecen esencialmente de jerarquía y ortodoxia. Ello los hace recelosos de las autoridades eclesiásticas y de los compromisos institucionales de la Iglesia: son

portadores de un sentido de Iglesia profética, antijerárquica y desinstitucionalizada.

Estas características están relativamente generalizadas y se expresan, por una parte, en el rechazo a la teología dogmática y a la sacramentalidad tradicional como signos del carisma religioso, y por otra parte, en el carácter de base y fluído de la organización religiosa, donde predominan las relaciones horizontales dentro del grupo, y un reemplazo creciente del pastor por el “monitor” laico.

Una última dimensión del recelo institucional que queremos tratar alcanza a la educación y el saber institucionalizado. El desarrollo de las comunidades eclesiales de base va íntimamente acompañado de la expansión de los métodos de educación popular y del vitalismo pedagógico que constituye su principio rector. Otra vez tenemos aquí el descrédito de la educación formal y de los aparatos de creación y divulgación cultural oficiales (especialmente la crítica de la televisión), pero también, en sus versiones más extremas, la crítica de los intelectuales (de la “inteligencia crítica”) como depositarios y creadores de un saber extraño y distante de la experiencia popular. En efecto, dentro de los parámetros de la “educación popular”, al menos en la tradición inaugurada por Paulo Freire y recogida muy exitosamente aquí, la opresión cultural está entendida como “alienación”, como imposición de una cultura extraña y divorciada del pueblo. No se trata solamente de la clásica tesis marxista acerca del carácter de clase de las formas culturales en una sociedad y del dominio cultural que ejerce la clase dominante sobre ella, sino que apunta a una crítica global de la manera cómo se elabora la cultura en las sociedades modernas: es finalmente una crítica de la ciencia, como saber que no se funda en la experiencia social. Refiriéndose a la educación popular Vanilda Paiva (1) ha escrito que “la idea de que el conocimiento no puede ser transmitido sino que resulta de una “vivencia” de la cual es extraída a través del trabajo del grupo traspasa a todo este

(1) Vanilda Paiva, Notas para un estudio sobre populismo y educación en Brasil. Inst. de Desenvolvimento. Brasil, 1980.

movimiento. El conocimiento está ligado a la vida (a la “práctica” de vida), debe servir a su comprensión, pero ya está presente en cada uno, debiendo solamente ser sistematizado a partir de los intereses de los miembros del grupo”. La educación es simplemente la comprensión de lo vivido: vitalismo pedagógico que se opone a los métodos convencionales de la educación formal (enseñanza meramente libresca, cumplimiento formal de los programas) y a las formas clásicas de elaboración del saber a través del método científico (combate contra el racionalismo iluminista). La educación popular, sin embargo, no es sólo una corriente de renovación pedagógica: está firmemente engarzada con una ideología de tipo populista, cuyas resonancias evocan el modelo del populismo ruso de fines de siglo. Vanilda Paiva también traza esta semejanza: la preocupación central de los populistas rusos fue cómo transitar hacia el socialismo (o simplemente conseguir desarrollo) sin pasar por la experiencia capitalista que destruía —como el propio Marx lo había demostrado— la cultura y la solidaridad colectiva del pueblo (en el caso ruso, la comuna campesina). También se hace presente aquí una teoría de la alienación de la conciencia popular que esconde dos aspectos: por una parte, la destrucción que provoca el desarrollo capitalista de los valores y formas de vida del pueblo, y por otra, la convicción de que la cultura popular es la fuente de la emancipación social (en el caso ruso la comuna campesina era el prototipo de organización social del futuro basada como estaba en relaciones de cooperación, distribución equitativa de los excedentes productivos y descentralización de las jerarquías y del poder). Este mismo tema es recogido por los movimientos de renovación católica de los sesenta preocupados por los efectos desintegradores de la conciencia religiosa que traía el desarrollo industrial, la masificación urbana y la marginalidad social. No obstante, sólo en la última década, cuando el ímpetu del proceso de desarrollo decae y los movimientos de secularización se disuelven, en la anomia cultural, el populismo católico recobra su vigor: busca en las propias reservas culturales del pueblo la posibilidad de su emancipación.

El modelo de la educación popular es sólo la expresión

laica (aunque de origen católico) de lo que López ha llamado la forma "profética" de representación religiosa, característica de los agentes pastorales y del clero que actúa en las áreas marginales de la ciudad. Este profetismo religioso "sacramentaliza" la pobreza (le confiere un sentido histórico y trascendental al mundo de los pobres) y se fundamenta en un tipo de acesis ya no tradicional (basada únicamente en la represión de los deseos y las pasiones naturales como recurso de salvación) sino profética (basada en el imperativo ético de la lucha por la construcción del Reino en la historia, aunque se reconozca su consumación trascendental).

Como la educación popular, el profetismo religioso también deposita su confianza en el mundo popular como el origen de todos los valores y de todo discernimiento. No obstante, nunca se trata del mundo popular empírico, realmente existente, sino de un concepto límite que se confunde finalmente con la noción misma de comunidad. En efecto, el "pueblo" es la comunidad de los iguales, vale decir, de aquellos unidos por lazos no sujetos a negociación alguna (la condición de oprimidos, de pobres, de marginados, etc.) y en cuanto tal, es la fuente de los valores propios de aquella condición (solidaridad, cooperación, ayuda mutua). Detrás de este "populismo" religioso se encuentra la pretensión de restituir, en la escena social, el dominio de la comunidad como principio de convivencia social. El nexos comunitario se opone aquí al mundo de las relaciones secundarias, al de las relaciones de poder y al de las relaciones contractuales, o sea, se enfrenta al principio constitutivo de la modernización.

No se nos escapa, en efecto, que los modelos culturales que intervienen sobre la conformación ideológica de las comunidades eclesiales de base (educación popular y profetismo religioso) provienen de agentes externos, en términos generales, de los militantes de la derrotada Unidad Popular, sobre todo aquellos de raíz católica y del clero, principalmente de origen extranjero: unos, provendrán de la crisis política del marxismo (especialmente del leninismo) y cargan con el peso de la derrota y el descrédito de la razón iluminista; y otros,

provendrán de la experiencia, igualmente dramática, de la secularización y crisis de los valores en el mundo industrializado. Empero, pretendemos haber demostrado a esta altura, que esta reacción antimodernista, cuyo signo es la defensa y reconstitución de la comunidad, no se sustenta únicamente en influencias ideológicas: antes bien, es la consecuencia de los desequilibrios y rigores del propio proceso de modernización en nuestro país.

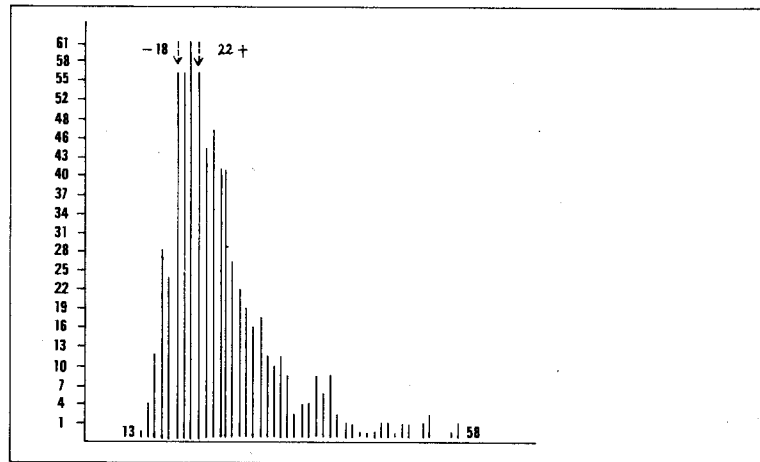
A diferencia del pentecostalismo tradicional, pues, las comunidades cristianas de base no son solamente refugio: Se trata también de un movimiento expansivo que invoca la necesidad de refundación comunitaria del mundo: el desmantelamiento de las relaciones autoritarias y la supresión de un orden social basado en el cálculo de beneficios privados.

REBELION ANOMICA Y MOVILIZACION POLITICA

La presencia de una rebelión juvenil ya ha sido descrita en este trabajo. La crisis ha abierto las compuertas de la protesta social y los jóvenes han emergido como un actor preponderante.

Como una muestra parcial pero decisiva de la magnitud de la protesta juvenil presentamos el gráfico de más abajo que describe la distribución por edades de los detenidos por causas políticas en 1983, según fuentes de la Iglesia Católica (que atendieron alrededor de 4.500 arrestos de esta especie). Como vemos, la mayor parte de tales detenidos son jóvenes entre 18 y 22 años (con una proporción que bordea el 70% en el rango 15-25 años). Los informes de derechos humanos indican que las detenciones se han incrementado alrededor de cinco veces en este año con respecto al anterior, mientras las movilizaciones vinculadas a las protestas nacionales han dejado un saldo de numerosos heridos y muertos.

GRAFICO Nº 3
DISTRIBUCION DE EDAD DE LOS DETENIDOS



Fuente: Vicaría de la Solidaridad.

En el Cuadro Nº 21 se ha tomado una muestra de los jóvenes detenidos y heridos a bala (solamente aquellos que registran actividad) y se consignan todos los jóvenes heridos con resultado de muerte en protestas y manifestaciones dentro del último año. La magnitud de la violencia ejercida contra los jóvenes resalta claramente: el rango 15-25 años representa alrededor del 60 por ciento de los heridos a bala y la mitad de los muertos. Observaremos que el universo de los jóvenes reprimidos está compuesto principalmente por estudiantes (donde no priman como otrora los universitarios) y pobladores sin empleo o con empleos mínimos.

CUADRO Nº 21
JOVENES DETENIDOS, HERIDOS A BALA
Y HERIDOS CON RESULTADO DE MUERTE
EN PROTESTAS Y MANIFESTACIONES
(15 - 25 AÑOS)

	Detenidos (A)	Heridos a Bala (B)	Muertos (C)
Cesantes	117 (15.0)	19 (22.9)	5 (12.8)
Com. Ambulantes y Similares	41 (5.2)	4 (4.8)	3 (7.7)
Obreros PEM y POJH	70 (8.9)	12 (14.5)	8 (20.5)
Obreros sin clasificación	65 (8.3)	6 (7.2)	3 (7.7)
Obreros con clasificación	56 (7.2)	7 (8.4)	3 (7.7)
Emplead. Adminis. y Otros	50 (6.4)	7 (8.4)	3 (7.7)
Técnicos y Profesionales	22 (2.8)		
Estudiantes en general	346 (44.2)	24 (28.9)	10 (25.6)
Otros	15 (1.9)	4 (4.8)	4 (10.3)
Total	782	83	39

- (a) Incluye solamente los detenidos en días de protesta nacional atendidos por la Vicaría de la Solidaridad del Arzobispado de Santiago. Se registran solamente los detenidos de las seis protestas nacionales de 1983 (mayo-octubre).
- (b) Incluye solamente heridos a bala en manifestaciones políticas y protestas con identificación de la actividad que desempeña. Abarca el período mayo 83 - mayo 84.
- (c) Incluye todos los jóvenes muertos en protestas y manifestaciones en igual período.

Estas cifras sobre cantidad y composición de los reprimidos en movilizaciones sociales son un buen índice para mostrar la naturaleza de la rebelión actual. Lo que observamos, en efecto, es un desplazamiento generacional de la protesta y su generalización entre los jóvenes populares. Al mismo tiempo, en cuanto a su composición y métodos, la protesta se presenta básicamente como la rebelión de los grupos deses-

tructurados de la sociedad. Es la rebelión anómica de los jóvenes.

Podemos resumir las características esenciales de esta revuelta en dos términos: inorganicidad y agresividad. La protesta juvenil proviene de grupos que —como hemos repetido varias veces— han sido sometidos a intensa desintegración social. Este origen marca también el sello y estilo de la movilización. En primer lugar, la protesta se expresa fuera de los escenarios institucionales (fábricas, liceos) reconoce básicamente una expresión territorial (barricadas) donde surgen y culminan las manifestaciones. Ya sabemos que la población es el ámbito natural de los jóvenes y las calles, su elemento cotidiano, así sea por ocio y vagancia forzada o porque los lugares de trabajo suelen ser también en la calle (comerciantes ambulantes, POJH, etc.). La protesta tiende, pues, a iniciarse y culminar allí. Es cierto que esta expresión territorial no es distintiva de los jóvenes. Como se ha escrito A. Rodríguez la protesta tiene una dimensión espacial ineludible: constituye una manera de recuperar e intervenir en el ámbito público a partir de su fundamento más elemental: la casa, el pasaje, la calle, la población, ámbitos que no se sujetan fácilmente al control autoritario. El mundo institucional, en cambio, está demasiado controlado y supervigilado para expresar el descontento. Los intentos fallidos por realizar una movilización institucional (el fracaso de las huelgas mineras por ejemplo) es un índice de esta situación. Para los jóvenes, sin embargo, no hay elección posible: su protesta se efectúa fuera de los ámbitos institucionalizados simplemente porque no participan en éstos. Con ello, la movilización es generalizada, pero heterogénea, diversa y territorialmente segmentada.

Asimismo, aunque el grado de organización en las protestas se incrementa, ésta continúa asociada a comportamientos de masas, con escasa disciplina (salvo para el ejercicio de medidas básicas de autodefensa como barricadas en lugares de acceso y cortes de energía eléctrica) y débil reconocimiento de liderazgos locales (excluyendo en algunas partes a los párrocos). La protesta juvenil, en efecto, es un fenómeno clásico

co de multitudes: en ella se incorporan las organizaciones políticas y comunitarias, pero centralmente el grueso de los jóvenes no organizados, incluyendo los grupos informales vinculados a las drogas y la delincuencia.

Un segundo elemento que define la rebelión anómica es la agresividad. Esta debe ser entendida en términos sociológicos, como agresión desestructurada contra el orden social, no solamente el Estado sino también el conjunto de las instituciones sociales. La movilización de los jóvenes (al menos aquella que prima entre la juventud popular) carece, en efecto, de principios positivos de acción: es esencialmente un movimiento de oposición, con escasa identidad y menos todavía referencias a un proyecto histórico de sociedad.

La agresión anómica se manifiesta por doquier: contra la policía, desde luego, cuya represión ha exacerbado la agresividad juvenil, contra la propiedad pública (locales gubernamentales como centros de madres, oficinas de empleo mínimo, ornamentos patrióticos en plazas públicas, señales de tránsito, edificios públicos), en muchas ocasiones contra el comercio local, la locomoción colectiva y los propios transeúntes (especialmente los que se movilizan o poseen automóvil). En definitiva, es la revuelta contra la sociedad organizada, al menos contra sus expresiones territoriales dentro de las poblaciones.

No obstante, una rebelión aunque originalmente anómica tiende a buscar principios positivos de acción; la fuerza esencialmente negativa y desestructurada de la revuelta se organiza culturalmente. En el curso de las movilizaciones actuales observamos un fenómeno de este tipo, cuya expresión predominante es la reaparición del allendismo.

Para explicar la fuerza del allendismo en las nuevas generaciones (ya que no se trata solamente de la representación política del viejo electorado de la izquierda) debemos remitirnos a ciertas hipótesis ya clásicas en la sociología política, a saber, la predisposición y necesidad de liderazgos carismáticos

(no institucionales) que contiene toda rebelión desestructurada como la que protagonizan los jóvenes. Es, por ejemplo, la explicación habitual acerca del surgimiento del caudillo populista entre la masa de marginados de la ciudad. El liderazgo carismático resuelve la necesidad de integración de masas culturalmente desarraigadas, antes que la negociación de ventajas o consensos dentro de los mecanismos institucionales. Esta misma necesidad es la que preside la revuelta de los jóvenes: muchas veces se la ha interpretado erróneamente como una rebelión antiautoritaria, esto es, como crítica de las estructuras de poder y defensa de la libertad individual. En las páginas precedentes, sin embargo, hemos mostrado el efecto perverso del autoritarismo: la descomposición de la solidaridad colectiva antes que el disciplinamiento social. En estas condiciones, la demanda que expresa la movilización no es exactamente libertad (o su expresión colectiva: democracia liberal), sino identidad, que por lo demás puede adquirir eventualmente formas autoritarias. El reclamo fundamental que subyace la movilización juvenil es finalmente la necesidad de integración cultural, que antecede y a veces se contrapone, con la lógica del pacto o contrato democrático.

Actualmente es fácil advertir las tensiones que se producen en una movilización anómica que se autorepresenta en liderazgos institucionales. Tales tensiones, incluso con respecto a liderazgos obreros bien establecidos como el de Rodolfo Seguel, son plenamente visibles en la actual coyuntura chilena, y remiten a tensiones más estructurales entre la masa de jóvenes desproletarizados y el sindicalismo obrero (y con mayor razón frente al establishment político que se mueve tras la reconstrucción de un pacto democrático).

El sindicalismo es un poder institucional y además extraordinariamente conservador en períodos de crisis. Con la desindustrialización, el poder obrero pierde su centralidad estratégica: en términos de número, concentración y peso económico el sindicalismo se ha debilitado enormemente en la última década, debilidad que se refuerza con la crisis y el control represivo. Como ha sido demostrado ya, el proletariado

(especialmente la clase obrera industrial) se ha reducido en números relativos y absolutos, su heterogeneidad aumenta como consecuencia del predominio de la pequeña y mediana industria y su peso material se desplaza desde la industria privada sustitutiva de importaciones hacia la industria estratégica controlada por el Estado. El sindicalismo en las empresas públicas (cobre, petróleo, acero, energía, etc.) está a su vez expuesto severamente a la represión y a la corrupción de los favores gubernamentales.

El conservadurismo obrero aflora con inusitada fuerza, acicateada por el desempleo (que desalienta la lucha sindical por el temor a perder el trabajo) y la crisis (que orienta la lucha sindical hacia la defensa de la empresa).

Por contrapartida, el peso de las masas populares excluidas del empleo y de la participación política se ha redoblado: terreno propicio e ineludible para la reaparición del radicalismo político, vale decir, para la crítica global de las instituciones. Es cierto que se ha tenido la precaución suficiente para conservar y fortalecer la alianza entre las masas marginalizadas y el poder sindical (y el rol que ha jugado la dirigencia sindical en la movilización social así lo confirma). No obstante, el peso que han adquirido los jóvenes desproletarizados en la lucha social es un signo del nuevo carácter que asume la movilización política, cuya tendencia hacia el radicalismo se acentuará día a día mientras perduren las condiciones de opresión y exclusión que la han hecho surgir.

Esta disposición hacia el radicalismo entre los jóvenes se expresará, antes que por la adhesión a liderazgos institucionales, por la reaparición de un mito sacrificial como principio de identidad: el allendismo.

La paradoja del allendismo es extraordinaria. Fue el dirigente más representativo de la izquierda institucional; para los estudiantes radicales del setenta, el símbolo de la política tradicional; parlamentaria y constitucionalista. Aquella generación fue militantemente antiallendista. El carisma histórico de

Allende, sin embargo, proviene de su muerte trágica, de sus últimos momentos. Hoy Allende es un símbolo épico, reforzado por la censura y persecución que el gobierno militar ha hecho de su memoria. Para una generación que no conoce de formas institucionalizadas de participación y representación, la epicidad de Allende es el atributo adecuado: es la dignificación a través del combate, aún con el riesgo de la derrota y de la muerte. Esta dimensión sacrificial del allendismo está contenida plena y dramáticamente en la consigna que los jóvenes más radicales gritan por doquier: "Morir, luchando, de hambre ni cagando".

El allendismo juega un papel central: funda (o refunda) a través del sacrificio colectivo la noción de "pueblo". Esta lógica sacrificial, desde luego, no se realiza sólo a través de la invocación del nombre de Allende, sino que se actualiza en la representación cotidiana de la muerte, tan intensamente presente en el curso de las movilizaciones sociales del último tiempo. El sacrificio funda, en efecto, los valores y la identidad, pero lo hace fuera del mundo de las instituciones sociales. La pretensión de las sociedades modernas fue, por el contrario, eliminar el sacrificio, y más exactamente introyectarlo o privatizarlo: eliminar la representación colectiva de la muerte, de la incertidumbre y la desintegración. Tal es justamente la función que cumplen las instituciones sociales: definen el sentido que constituye el orden social y evitan la anomia, cuya expresión máxima es, sin duda, la presencia de la muerte. Existen momentos, sin embargo, en que el mecanismo de las instituciones falla por completo: son incapaces de cumplir esta función "nómica", de establecer los sentidos apropiados y de eliminar la incertidumbre y el caos. Este es también el momento en que la representación sacrificial se restituye como experiencia colectiva.

En la vida moderna —ha escrito Pedro Morandé— la oposición vida—muerte es equivalente a la oposición orden—caos: los valores sólo se realizan dentro del orden social, se

hacen immanentes. (1) Es la constitución del Estado moderno como Leviatán. La realización del valor se confunde, pues, con la maximización del equilibrio de las instituciones. El sacrificio en la sociedad moderna reviste la forma más prosaica y rutinaria del cumplimiento de los deberes socialmente establecidos o de la ascesis del ahorro y del trabajo. El ética sacrificial nunca es reemplazada del todo, pero se convierte fundamentalmente en una ética funcional. Entre éstos jóvenes, empero, la constitución de los valores y de la identidad ya no puede realizarse en los marcos de la adecuación al orden: deben buscarse fuera de aquel, en la comunidad o en la subversión.

La relación que puede establecerse entre rebelión anómica, necesidad de identidad y allendismo abarca también el renacimiento de la ideología —o al menos de la consigna— del poder popular. El poder popular, sin embargo, es la organización positiva del valor representado en el allendismo: en algún sentido es el paso del guevarismo (el mito sacrificial que constituye al radicalismo estudiantil de hace una década) al leninismo (la organización del valor en el partido). Desde luego, el poder popular —como organización autónoma al margen del Estado— no tiene ninguna consistencia institucional. Estamos todavía en el momento del sacrificio.

(1) P. Morandé. *Cultura y Modernización en América Latina*. Cuadernos del Instituto de Sociología de la Universidad Católica. Santiago, 1984.

CONCLUSION

Cualquiera sea el prisma que se asuma, las representaciones de los jóvenes aparecen como reacción o defensa frente a los rigores de la modernización. Todo aquello que pretendió eliminarse reaparece con singular fuerza: la apatía y el escepticismo expresada esta vez en el uso de drogas, el refugio comunitario, la agresión contra las instituciones sociales, la búsqueda de liderazgos carismáticos o la restitución de mitos sacrificiales. Nada más lejos que la lógica de la movilidad individual en el marco de un sistema de intercambios autoregulados. Las disposiciones hacia el beneficio privado se contradicen aquí por la aparición de orientaciones hacia el placer, hacia el sacrificio, o la primacía que se otorga al compromiso ético en la acción social. Los fundamentos del mercado han estallado totalmente.

Todas estas representaciones ya no son los vestigios de una sociedad tradicional, sino los efectos de la propia modernización emprendida. Ya no son las conductas propias de masas migrantes con pasados agrarios inmediatos, sino de una juventud enteramente involucrada en el proceso de urbanización en incluso escolarmente promovida. El optimismo mo-

dermista de todos estos años no podía ser más dramáticamente desmentido por la nueva generación, tanto por aquella que busca restituir la solidaridad perdida, como aquella que forzosamente ha sido empujada hacia el escepticismo, la agresión e incluso, la autoinmolación.

ANEXO

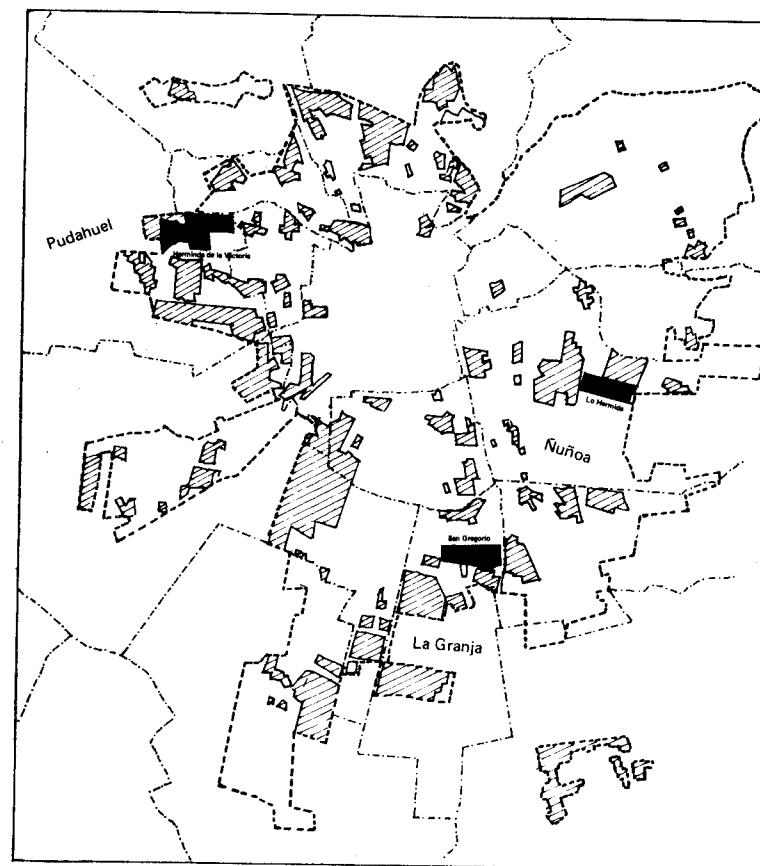
Este estudio se basa en una encuesta realizada entre jóvenes del estrato popular urbano en Santiago, Chile, en la primavera de 1983. La muestra fue levantada en tres poblaciones consideradas típicamente marginales: población San Gregorio (que incluye población Bélgica) en la comuna de la Granja; población Lo Hermida (sectores 3 y 4 que incluyen campamentos Villa Nueva Grecia, Simón Bolívar, Los Copihues, Concepción, Yungay y René Schneider) en la comuna de Ñuñoa, y población Herminda de la Victoria (que incluye algunos sectores de las poblaciones 4 de Septiembre o Digna Rosa, Sara Gajardo y Violeta Parra), en la comuna de Pudahuel.

Las poblaciones escogidas se distinguen según el tipo de asentamiento urbano: San Gregorio está comprendida entre las poblaciones consolidadas, que se definen como aquellas que han sido creadas por medio de programas habitacionales oficiales, que presentan condiciones de equipamiento urbano aceptables y donde la posesión del suelo está ya legalizada. Herminda de la Victoria también es considerada población: sin embargo, aquí predomina la autoconstrucción que modifica

la calidad de la vivienda y la provisión de algunos servicios básicos de urbanización. Los sectores de Lo Hermida que se tomaron en cuenta, en cambio, son campamentos que, en términos generales, se definen como crecimientos espontáneos provocados por tomas de terreno o iniciativas oficiales en momentos de emergencia, y presentan por esta razón, mayores déficits de equipamiento urbano, viviendas desmejoradas y dominio no legalizado sobre el suelo.

Estos sectores fueron elegidos considerando criterios de representatividad, facilidad de acceso, diversidad de asentamientos urbanos y dispersión geográfica (ver mapa de ubicación de la muestra). Los sectores escogidos fueron divididos en grupos de manzanas (subsectores) homogéneos donde se seleccionaron aleatoriamente viviendas, sin muestreo sistemático previo de la población joven que contenían. El esfuerzo principal consistió en garantizar el máximo de azar en la elección de la vivienda. Dentro de éstas, se encuestó a jóvenes que tuvieran entre 15 y 24 años y que estuvieran incorporados en la fuerza de trabajo (se excluyeron, por lo tanto, estudiantes e inactivos).

MAPA DE LA UBICACION DE LA MUESTRA



La muestra es la siguiente:

	San Gregorio (La Granja)	Lo Hermida (Nuñoa)	H. de la Victoria (Pudahuel)
Hombres	93 (63.3)	132 (65.3)	141 (63.8)
Mujeres	54 (36.7)	70 (34.7)	80 (36.2)
TOTAL	147 (25.8)	202 (35.4)	221 (38.8)